

San Ignacio de Loyola

LA AVENTURA DE UN CRISTIANO



Universidad Católica Andrés Bello
Vicerrectorado Académico
Caracas, 2009



José Ignacio Tellechea Idigoras

IGNACIO DE LOYOLA

LA AVENTURA DE UN CRISTIANO



UNIVERSIDAD CATÓLICA ANDRÉS BELLO
Caracas, 2009



BX4700
L7T42

Tellechea Idígoras, José Ignacio, 1928-
Ignacio de Loyola : la aventura de un cristiano
/ José Ignacio Tellechea Idígoras.-- Caracas : Compañía
de Jesús, Provincia de Venezuela; Universidad Católica
Andrés Bello; Fundafesi; 1997.

86 p. : il.; 23 cm.
Incluye índice

IGNACIO DE LOYOLA, SANTO, 1491-1556.

José Ignacio Tellechea Idígoras
Ignacio de Loyola: la aventura de un cristiano

Universidad Católica Andrés Bello
Final Av. Teherán Montalbán - La Vega / Caracas
Apartado 20.332

Diseño y Producción: *Publicaciones UCAB*

Diagramación: *Isabel Valdivieso*

Diseño de carátula: *Isabel Valdivieso*

Fotografías: *Emilio Piriz Pérez*

Impresión: *Impresos Miniprés, C.A.*

Corrección de prueba: *María Bolinches*

© Universidad Católica Andrés Bello

Tercera edición 2009

ISSN: 978-980-244-146-5

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de reproducción de la información ni transmitir alguna parte de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.—, sin el permiso previo de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.



Índice general

Prefacio. Silvana Campagnaro	5
Presentación: Arturo Sosa s.j.	7

CAPÍTULO I

San Ignacio de Loyola	13
El menor de muchos hermanos	17
Casa-torre en un verde valle	18
Hacia la ancha Castilla	19
Al servicio de un Duque	22
Un herido en Pamplona	25
Cuando visitan el dolor y la muerte cercana	27
Un “hombre nuevo”	30
La ruptura con todo	33
De Aránzazu a Montserrat	34

CAPÍTULO II

El peregrino enseñado por Dios	37
La tierra de Jesús: a Jerusalén, ida y vuelta	42
Un estudiante viejo	46
A París	50
La cosa empezó en un cuarto de colegio	51
Los “aires de la tierra”: paso por Azpeitia	54
Cita en Venecia	57
Un deseo frustrado. Se abre otro camino	58
En Roma	60
Un guía convertido en cabeza	62

CAPÍTULO III

La naciente Compañía	65
Tres deseos. Tres gracias	70
La tercera gracia: <i>las Constituciones</i>	73
La vida vista desde la cima	76
Una prueba inesperada	78
Quieto en una pequeña celda	80
Los afanes de los últimos años	82
Abre la caja de los recuerdos	84
El declinar de una vida	86
Palabra y acción	87
Hombre de voluntad	90
La estela	93

Cronología	95
Índice general de fotografías.	115

Prefacio

Con la tercera edición de este libro mostramos el interés de seguir cultivando en nuestra Universidad el conocimiento de un personaje clave de la historia, que marcó su tiempo y todavía lo sigue haciendo por su convicción espiritual y el empuje de su obra.

La vida ejemplar de Ignacio de Loyola, de oración, de esfuerzo, y su visión heroica muy atenta a los problemas de su tiempo, nos indica un modo de ser y proceder que inspira nuestra labor diaria como miembros de esta Universidad, cualquiera sea el papel que desempeñamos en ella: autoridad, profesor, empleado, obrero o estudiante.

Esta biografía nos presenta al hombre forjador de sueños, buscador de la verdad, impulsor de una forma de vida ligada a Dios, en pensamiento, sentimiento y acción. Han pasado más de cinco siglos desde que su inspiración y su espíritu brotaron con verdadera devoción y todavía hoy su plegaria y oración siguen presentes en muchos lugares del mundo.

Como dice el mismo autor, “¿Qué tiene este hombre de nombre y apellido vasco que irradió al mundo?”. Te invitamos a conocerlo para seguir transmitiendo en nuestros estudiantes y miembros de la comunidad ucabista su modo de vivir la espiritualidad, su habilidad para la introspección, reconocida mundialmente, y la verdad que irradió de su existencia toda.

La vida atormentada de ayer y de hoy nos hace vivir sin pensar, vivir el bullicio sin reflexionar, desconociendo el silencio, evitando momentos de soledad y de interiorización. Con esta biografía podemos acercarnos a la vida de San Ignacio y a todos los cambios que experimentó. Tal vez podamos aprender de él a buscar una vida plena, más cerca de la verdad y de Dios.

Esta biografía y el libro de *Identidad Institucional* de Javier Duplá, s.j., conforman una serie de publicaciones que aportan a la formación

integral de todo ucabista, para así enfrentar su vida y su entorno con fe y esperanza, con sueños y optimismo, con deseos de acción sostenida que ayuden a cambiar este mundo.

Silvana Campagnaro

Vicerrectora Académica

Presentación

En estos meses la Provincia de Venezuela de la Compañía de Jesús celebra fechas que nos hacen recordar la densidad de la tradición que se va haciendo en su peregrinar en Venezuela. Una tradición de escasos ochenta años, llena de audacia apostólica y fuente de inspiración y ánimo para quienes nos preguntamos, en el presente, la mejor manera de continuarla, apegados al espíritu vertido por San Ignacio de Loyola a quienes quiso amigos en el Señor y compañeros de Jesús.

Una tradición fecunda

En septiembre se cumplieron los sesenta años de haber abierto las puertas del Noviciado. Fueron traspasadas por los dos primeros novicios venezolanos que iniciaron su formación en esa casa entre Caracas y El Valle: Pío Bello Ricardo y Epifanio Labrador.

Este mismo mes de diciembre sale a la luz el número 600 de la *Revista SIC*, con el que se culminan sesenta años de ininterrumpida presencia mensual de este medio a través del cual se ha seguido el pulso del país, buscando respuestas a sus problemas, formando opinión e invitando a comprometernos en hacerlo más justo y humano.

En enero de 1998 celebramos el septuagésimo quinto aniversario del Colegio San Ignacio. Con la apertura del Colegio San Ignacio comienza en la Venezuela republicana la labor educativa de la Compañía de Jesús, interrumpida por la expulsión de la orden de toda Hispanoamérica a finales del siglo XVIII. A partir allí se fundan los Colegios San José de Mérida, Gonzaga de Maracaibo, Javier de Baquisimeto y, hace cincuenta años, el Instituto Técnico Jesús Obrero en los Flores de Catia.

El aporte educativo de la Compañía de Jesús a la Venezuela de este siglo XX continúa con la fundación de la Universidad Católica

Andrés Bello, que abre sus puertas en 1953 y pocos años después, nace de su seno Fe y Alegría que se ha ido extendiendo a todo el país, ofreciendo una educación popular integral a miles de jóvenes venezolanos.

En otros campos la tradición de la Compañía de Jesús ha sido fecunda para Venezuela. Decenas de jesuitas han transmitido incesantemente el tesoro de los *Ejercicios Espirituales* a toda clase de personas motivadas a seguir radicalmente a Jesucristo. Durante estos años se han atendido pastoralmente zonas populares y alejadas buscando construir la Iglesia de piedras vivas, encarnada en personas y comunidades de fe. Igualmente, la promoción de la Justicia ha estado presente en la preocupación apostólica de la Compañía desde sus primeros pasos en Venezuela.

Una tradición de audacia apostólica

En estos angustiosos años finales del siglo XX para Venezuela, los jesuitas queremos ser fieles a una tradición de audacia apostólica que tiene sus raíces en la biografía espiritual de su fundador. El P. Alejandro Goñi, S.I. al prologar la primera edición en Venezuela de esta vida de San Ignacio de Loyola, publicada con motivo de los ochenta años de la llegada de los jesuitas a Venezuela, escribía:

Nada mejor, por tanto, que una aproximación a la vida de Ignacio de Loyola para entender cómo se enfrenta a las múltiples contradicciones de la vida, cómo discierne las luces sobre los caminos a emprender y cómo adopta las grandes decisiones.

Los tiempos que corren presentan desafíos apostólicos que superan con mucho las posibilidades y recursos con los que cuenta la Provincia de Venezuela. Necesitamos comprender mejor las contradicciones y tensiones en las que se mueve la sociedad venezolana actual, estamos en pleno proceso de establecer las prioridades de nuestra acción apostólica y necesitamos la audacia del carisma fundacional, impulsado

por el Espíritu del Jesús de los Evangelios, para responder a los signos de estos tiempos. Queremos encarnar en la Venezuela de hoy lo que nos pide la Congregación General 34^a:

La misión de la Compañía se inscribe en la misión evangelizadora de toda la Iglesia. Esta misión es una realidad unitaria pero compleja y se desarrolla de diversas maneras: a través de las dimensiones que integran el testimonio de la vida, la proclamación, la conversión, la inculturación, la génesis de iglesias locales, el diálogo, y la promoción de la justicia querida por Dios. Dentro de este marco y de acuerdo con nuestro carisma, nuestra tradición y la aprobación y apoyo de los Papas a lo largo de los años, la misión actual de la Compañía es el servicio de la fe y la promoción en la sociedad de la justicia evangélica que es sin duda como un sacramento del amor y misericordia de Dios. (Servidores de la Misión de Cristo, nº 3).

Por consiguiente, conocer y gustar las raíces de la Compañía, la vida de su fundador, es uno de los medios de familiarizarnos con el talante propio de nuestro modo de ser. Ese contacto hace posible que hagamos realidad la audacia apostólica propia de nuestra tradición.

Una tradición de ponerse a la altura de los tiempos

La Compañía de Jesús se ha empeñado a lo largo de su historia en responder a los desafíos propios de cada momento. Ponerse a la altura de los tiempos en la Iglesia y la Venezuela de hoy supone abrirse a seguir los impulsos del Espíritu Santo. Si nos dejamos llevar del Espíritu de Jesucristo necesitaremos una profunda conversión personal y promover grandes transformaciones institucionales. La conversión personal exige la valentía de vivir con la confianza puesta sólo en Dios. Los cambios institucionales en la Iglesia y obras apostólicas de la Compañía de Jesús en Venezuela requieren de claridad en lo que se pretende y sabiduría para irlos promoviendo en forma tal que sean

vivididos como respuesta a nuestra tradición de audacia apostólica en estos tiempos que vivimos.

Algunos pasos hemos empezado a dar en esta dirección. La Congregación General 34ª de la Compañía de Jesús (1995) nos pide que colaboremos con los laicos-laicas en la misión. Si queremos contribuir auténticamente a que la Iglesia del próximo milenio, siguiendo la ruta del Concilio Vaticano II, sea la Iglesia del laicado, tenemos que aprender en nuestra práctica cotidiana a vivirla en nuestras obras apostólicas.

Hemos empezado por tomar conciencia de la presencia de tantos laicos-laicas en el apostolado actual de la Compañía de Jesús. También nos hemos decidido a conformar juntos un sujeto apostólico, la Provincia de Venezuela de la Compañía de Jesús, que delibere ignacianamente para discernir lo que debemos hacer en este momento de Venezuela. La deliberación en común nos debe llevar a proponer un Plan Apostólico de la Provincia en cuya realización nos comprometamos juntos.

12

Del mismo modo, somos plenamente conscientes de que uno de los aportes cualitativos a una Venezuela mejor es la educación. La Provincia de Venezuela de la Compañía de Jesús tiene una experiencia valiosa en este campo, en conjunto con lo que ha significado para el país a lo largo del siglo XX la educación católica. Más aún, se ha venido desarrollando una importante plataforma de obras educativas bajo la inspiración y responsabilidad de la Provincia. Además de los colegios propios de la Compañía de Jesús, estamos comprometidos en el campo de la educación popular integral a través de Fe y Alegría, con sus ciento ochenta centros educativos a lo largo y ancho de la geografía popular venezolana, su red radiofónica y su Centro de Capacitación Padre Joaquín. Junto con la Universidad Católica Andrés Bello, con sus extensiones en Coro (estado Falcón) y Ciudad Guayana (estado Bolívar), seguimos con la responsabilidad de la Universidad Católica del Táchira y el Centro de Reflexión y Planificación Educativa (CERPE). Este conjunto de obras educativas ha comenzado

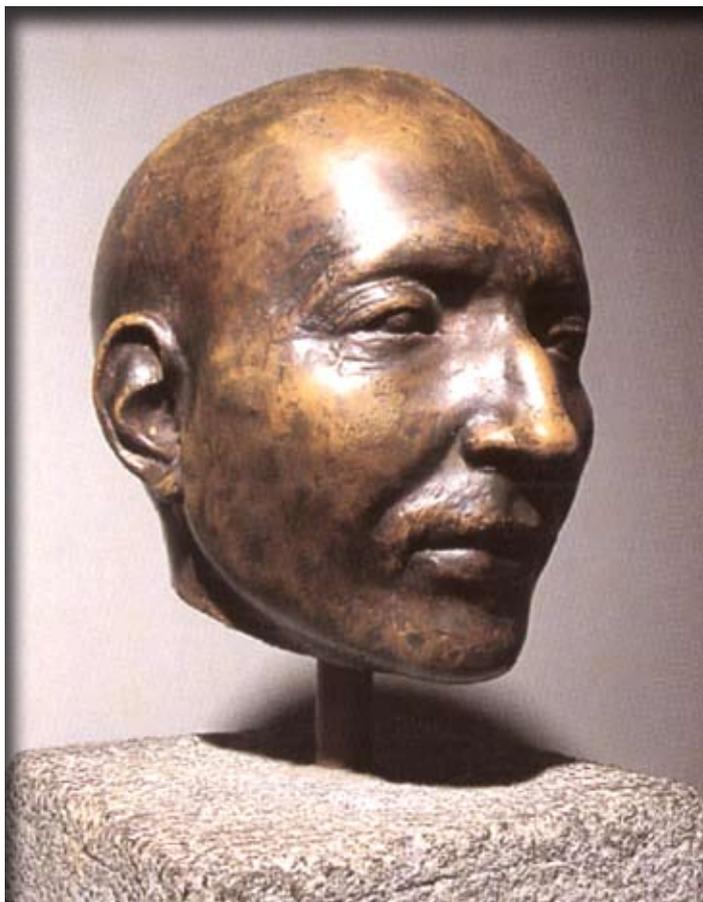
a coordinarse efectivamente de manera de alimentarse mutuamente y aprovechar mejor los recursos con los que cuenta.

La efectividad de esta presencia educativa en el país está vinculada a que podamos encarnar las Características de la Educación de la Compañía de Jesús en todas y cada una de nuestras obras educativas, de manera que el Paradigma Pedagógico Ignaciano sea el aporte específico de la Provincia a la renovación de la educación en Venezuela, orientada a la constitución de una sociedad más plenamente humana.

Formar educadores enraizados en el Espíritu, conocedores de Venezuela, comprometidos con su transformación, movidos por su vocación de entrega y bien formados en su área de especialidad, así como en nuestra propuesta educativa, son la garantía de que podamos obtener en nuestros centros educativos hombres y mujeres humanamente íntegros, comprometidos con la promoción de la justicia en Venezuela, bien enraizados en la fe, intelectualmente competentes, con vocación de servicio al Bien Común y capacitados para seguir la tarea de conformar la historia a la imagen del reino de justicia, paz y amor.

Arturo Sosa A., s.j.
Caracas, diciembre de 1997

San Ignacio de Loyola



SAN IGNACIO DE LOYOLA
Técnica: Busto de bronce
Obra moderna, realizada basándose en la máscara funeraria.
Lugar: Residencia del Gesú, Roma.

Nos hemos acostumbrado a verlo quietecito en los altares, vestido de sotana negra y con una casulla lujosa, pero Íñigo cuando era joven llevaba capa abierta, cabellos largos rubios, vestidos multicolores a cuadros, espada al cinto y, a veces, loriga y coraza, empuñando una ballesta. ¡Ah! y llevaba la birreta roja de los Oñaz. Gamboínos y Oñacinos la torcían a derecha o a izquierda para distinguirse. Nadie pensaba que iba para santo. Ni él mismo. Para ello le sobraban muchas cosas y le faltaban otras.



SAN IGNACIO DE LOYOLA
Autor: Jacopino del Conte: Año: 1556. Técnica: Óleo sobre tela.
Lugar: Curia General. Roma, Italia

Había nacido en 1491, hace más de quinientos años, y murió el 31 de julio de 1556. Su nombre corre hoy por todo el mundo. Es el más universal de los vascos. Su influencia en la cultura occidental y luego en la americana es inmensa; pero también ha llegado al Japón, a la India y a otros lugares remotos. En Estados Unidos hay una Universidad que se llama Loyola.

En León, de México, otro espacio universitario lleva su nombre.

¿No te pica un poco la curiosidad? ¿Por qué esta irradiación del nombre y apellido de un vasco por todo el mundo? El que hoy subsista en tan distintos y remotos espacios quiere decir algo: que de alguna manera está presente. No está sólo presente su nombre,



SAN IGNACIO DE LOYOLA
Autor: R. Escribano (copia de Sánchez Coello)
Técnica: Óleo sobre tela. Siglo: XVII

está también su espíritu. ¿Quién se acuerda hoy de este modo de Carlos V, o de Enrique VIII de Inglaterra o de Francisco I de Francia? Estos fueron reyes poderosos. Es verdad que recordamos sus nombres, las gestas que protagonizaron. Pero están muertos y bien muertos.

Ignacio de Loyola vive. Vive en su obra, que fue la Compañía de Jesús, hoy extendida por todos los continentes. Muchos cientos de miles de hombres han sido sus alumnos. Solamente en México la Asociación de antiguos alumnos de jesuitas pasa de treinta mil afiliados.

Además Ignacio de Loyola escribió un pequeño librito. Se llama *Ejercicios Espirituales*. No es un libro para leer, sino para practicar, como suelen ser los libros de cocina o de aprender piano. Acaso, mal o bien, tú también alguna vez has hecho los *Ejercicios Espirituales*. También tú, de alguna manera, eres hijo espiritual de San Ignacio. Muchos millones lo han practicado a lo largo de cuatro siglos. Dicen que ha convertido a Dios más personas que letras tiene.

La huella de Ignacio de Loyola en la historia humana es enorme. Su libro, su persona, es de esas cosas raras de las que se dice que cambian el mundo. No todo el mundo, claro está, pero sí a muchas personas y a través de ellas el mundo mismo. ¿No te gustaría saber el secreto de esta gran fecundidad?

El menor de muchos hermanos

Alguna vez habrás estado en Loyola. Si no, debes ir este año, en que vendrán a Loyola gentes de todos los países del mundo, atraídos por un nombre: Ignacio, que primero se llamó Íñigo. Cambió de nombre cuando tenía bastantes años y no sabemos a ciencia cierta por qué. Acaso creyó que Ignacio era la forma culta equivalente de Íñigo. Pero lo importante no es el cambio de nombre, sino el de vida, y sólo a esto se debe su fama y su grandeza. A veces pensamos que todo en nuestra vida está marcado y decidido. Sin embargo, hay hombres que muestran grandes cambios. Y no porque cambien de oficio o muden el lugar de su estancia. Uno de los cambios más profundos es el que se refiere a nuestra actitud ante Dios. Ese fue el cambio de Íñigo, cuando menos lo pensaba. Porque, de joven, fue más o menos como tú.

Era el menor de muchos hermanos, nada menos que trece. Hijo de una familia importante y muy orgullosa de su clase. Nació en la Casa-torre de Loyola. Hoy su casa sigue en pie, hecha de recias piedras, con el mismo escudo sobre la puerta que él contemplara y con la parte alta de ladrillo por castigo del Rey. Los Jauntxos (Señores) de Gipúzcoa vivían en casas semejantes, con su aire de fortaleza. Las rencillas y venganzas entre ellos conducían a una especie de guerra civil de bandos. Los reyes quisieron reducirlos quitando a sus casas el aire de fortalezas y a veces desterrándolos hacia las tierras fronterizas de moros. Así ocurrió con el abuelo de Ignacio de Loyola.

Casa-torre en un verde valle



ESCUDO DE ARMAS DE LA FAMILIA LOYOLA

20

Cuando vayas a Loyola echa a volar tu imaginación. Imagínate aquella casa solitaria y aislada, rodeada de bosques de castaños, hayas y robles. No existían jardines ni casas anejas, y menos la fastuosa basílica y construcción de piedra gris que rodea y oculta la casa. Borra con la imaginación las casas y hoteles próximos, los edificios enormes que se yerguen al pie del Izarraitz, las feas fábricas y barrios nuevos de Azpeitia. Delante de la casa había un alto árbol copudo que se veía a distancia en el verde valle, caminando de Azpeitia hacia Loyola. Al otro lado del valle estaba la villa de Azkoitia. Íñigo nació en una casa solitaria y aislada y desde niño aprendió a amar y gustar la soledad. Además parece que no conoció a su madre y eso acrecienta la soledad de un niño.

Encerrado en el verde valle, acaso algún día subiría al Pagotxeta y sobre todo a la cumbre del Izarraitz. Desde allí descubrió que el mundo no terminaba en el valle. Además, se le ofreció la vista del mar, del inmenso mar que llevaba ¿a dónde?, a Flandes e Inglaterra, donde comerciaban los marineros vascos. Pero también a tierras más

lejanas y extrañas. Al año siguiente de nacer él, Colón llegó a un nuevo Continente, que creyó que era Cipango (Japón) o la India. Le empezaron a llamar Indias, Tierra Firme, años más tarde, América. A muchos vascos les tentó América. También a un hermano de Íñigo, del que nunca más se supo. Otro hermano luchó como soldado en las guerras de Italia cuando el Gran Capitán Gonzalo de Córdoba y murió pronto en Nápoles. Íñigo supo la muerte de sus hermanos en tierras lejanas. Y acaso pensó: ¿qué sería de él?

El mayorazgo de la familia heredaba las posesiones y los demás hermanos tenían que buscarse su vida. El mayorazgo fue Martín, el segundo de los hermanos, por muerte del mayor en Italia. Íñigo tenía siete años cuando entró en Loyola la nueva dueña, esposa de su hermano. Era un niño, comparado con su hermano heredero; un tío muy joven para su sobrino. Todavía vivirían unos años a la sombra de su padre y para este sería una preocupación qué hacer con el menor de los hijos. ¿Se quedaría en la tierra o correría ventura como otros de sus hermanos? De niño aprendió a decir “nuestra casa” (*gure etxea*), “nuestros manzanos”, pero luego se iría dando cuenta que todo aquello era de su hermano.

Hacia la ancha Castilla

La suerte vino a sonreírle en forma de carta. Una carta de una pariente de la familia, doña María de Velasco, casada con el Contador Mayor de Castilla, algo así como el Ministro de Hacienda. Le ofrecía a su padre, don Beltrán, la posibilidad de acoger en casa a uno de sus hijos para educarlo junto a la Corte. Íñigo tenía unos quince años, cuando su padre le empujó a aceptar la oferta. Iba a lo desconocido, pero iba protegido. Su última tarde en Loyola pasó la vista sobre la falda azulada del Izarraitz y sus ermitas, acarició las paredes de su casa, le sonaron distinto las campanas de Azpeitia y los balidos de las ovejas que se recogían al aprisco. Sintió sobre sus hombros la mano protectora de su padre, acaso sintió el vacío de la madre. Se fue. La

anchura de Castilla le impresionó como a todos los vascos; aquellos lejanos horizontes, el cielo inmenso azul. Atravesando Burgos y Valladolid, llegó a Arévalo. ¿Qué eran las posesiones de los Loyola, sus caseríos, heredades, arboledas, comparados con la extensión de Castilla? Otros nombres fueron sonando en sus oídos. A los topónimos familiares de Araunza, Aldacaitz, Errastitxipía, Leizargárate, Mendiolaza, sucedían ahora Pancorbo, Quintanapalla, Cabezón, Dueñas, Tordesillas, etc... El mundo era más grande.

Íñigo fue acogido en una familia de doce hijos, más o menos de su edad. El mayor le llevaba siete años, pero eran de su edad Miguel, Agustín, Juan y Arnao. Íñigo nunca fue paje, como se suele decir. Pero vivió en un auténtico palacio real, el de Arévalo, que lo tenía la familia Velázquez de Cuéllar-Velasco. El padre gozaba de la amistad y confianza del Rey Fernando el Católico y recibió de él innumerables mercedes. Había sido el testamentario de la Reina Isabel y había adquirido muchas de las cosas preciosas vendidas a la muerte de la Reina. Íñigo, pues, vivió en una mansión de lujo, en la que algunas veces moró el Rey. Hoy sabemos que disfrutó de vajillas de oro y plata, de finísimas sábanas de Holanda. En alguna grande fiesta se usaba un Misal que tenía 219 perlas engarzadas. Aprendió a vivir como un rico y adquirió modales cortesanos. Además disfrutó de una esmerada educación y formación. Tenía una hermosa caligrafía, aprendió música y a tañer instrumentos. Su paisano Anchieta era un músico célebre en la Corte. Hasta aprendió a hacer versos.

En la casa había preciosos libros, cuyos títulos conocemos: *Del peregrino de la vida humana* de Guileville, un tratado *Del regimiento de la conciencia*, un libro titulado *Reformación de las fuerzas del ánimo*, un manuscrito con la descripción de la Tierra Santa... Todo esto sonará fuerte más tarde en la vida de Íñigo, pero entonces... le gustaban más los libros de caballería, con sus fantásticas aventuras, y le entusiasmaba cabalgar, aprender el manejo de la espada, soñar con justas o torneos, vestir bien, anhelar la fama y las proezas.

Por Arévalo pasó el Rey Fernando en 1508, 1510, 1511 y 1515. A veces, cuando iba a Burgos, Valladolid o Segovia, le acompañaba Velázquez de Cuéllar y su familia, y con ellos naturalmente Íñigo. El Rey hablaba de vasallos leales, de proyectos de conquista, de las cosas de América. Íñigo se dejó subyugar por la magia de la realeza, por la mística del servicio, por la gloria del leal caballero. Más tarde transferirá estos valores del Rey temporal al Rey eternal. Todo ello perfilaba horizontes hermosos y grandes, que se agigantaban en momentos raros de nobles empresas. Mas, la vida de cada día dejaba resquicios para hazañas menos gloriosas.

Una de ellas tuvo lugar hacia 1515. Íñigo debió pasar algunos días en Loyola. Acaso con la falsa seguridad que da el engrandecimiento, con la engañosa impunidad que proporcionan las alturas, Íñigo comió alguna fechoría en Azpeitia en días de Carnaval en compañía de su hermano Pedro, un clérigo poco ejemplar que sería párroco de Azpeitia. ¿Un susto, alguna paliza, faldas? El corregidor de Gipúzcoa quiso procesarlo y meterlo en la cárcel. Entonces se acordó Íñigo que era clérigo de tonsura



SAN IGNACIO DE LOYOLA

Técnica: Óleo sobre tela. Siglo: XVI

Pintura posiblemente realizada basándose en dibujos realizados en 1543, trece años antes de la muerte de S. Ignacio, por el pintor Jaime del Crivelli el cual disfrazado con criado del Cardenal, tomó notas del rostro del Santo.

Lugar Museo Provincia. Sondrio, Italia.

y huyó a Pamplona acogiéndose a la cárcel episcopal. El corregidor, con razón, pleiteó con el Vicario-obispo administrador, alegando que el preso nunca llevó el hábito clerical ni, por tanto, podía acogerse al fuero especial; entonces fue cuando lo describió como lucido hombre de capa y espada, de cabellos largos. Íñigo se salvó del castigo y quizá fanfarroneó sobre la aventura pasada en la que escapó de la justicia. Una tía monja le solía decir: “No asentarás hasta que te quiebren una pierna”. Saldría profeta.

De mayores consecuencias para su vida sería otro hecho sucedido poco después. Su gran protector, D. Juan Velázquez de Cuéllar perdía la gracia del Rey, se retiraba a Madrid y moría en 1517. Los Velázquez se vieron hundidos y echados de su palacio de Arévalo... La protección se esfumaba sin dejarle acomodado. La viuda y pariente de Íñigo, doña María, le buscó otro patrón en la persona del Duque de Nájera; a él remitió a Íñigo con cartas de recomendación, regalándole dos caballos y quinientos escudos. Íñigo conoció así en su carne de qué sutiles hilos pende la suerte y tuvo que reemprender la vida.

Al servicio de un Duque

El Duque de Nájera, D. Antonio Manrique de Lara, acababa de ser nombrado un año antes Virrey de Navarra, el reino conquistado por las tropas del Duque de Alba e independiente durante siglos hasta cinco años antes.

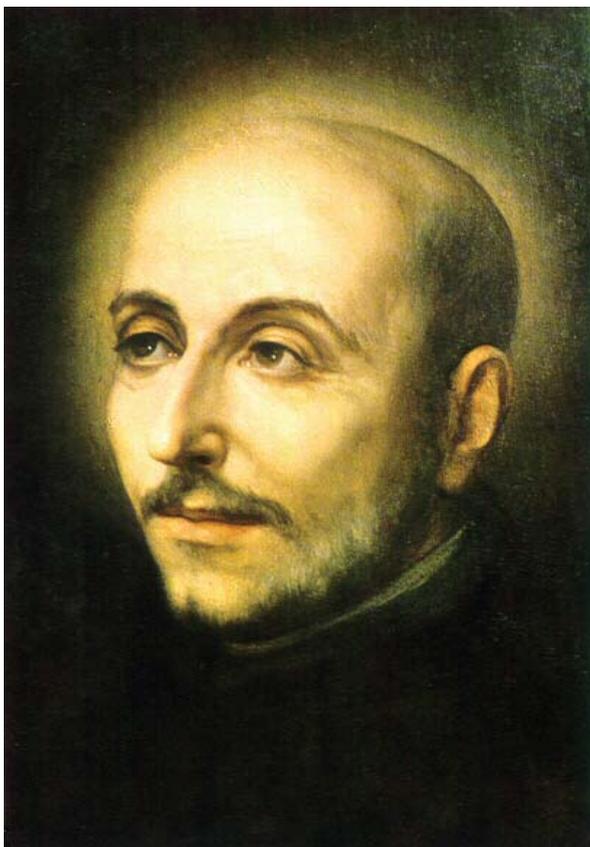
Su Rey D. Juan de Albret, quiso recuperarlo en 1512, pero fracasó en su intento. En 1515 era incorporada Navarra a la Corona de Castilla. El Duque era el representante del Rey. Íñigo sería gentilhombre de la casa del Duque, unido a él en su difícil tarea política. Los fieles a la vieja dinastía eran castigados o se exilaban. Uno de ellos el Dr. Jasso, que moría en 1515 preocupado por la muerte de sus hijos, sobre todo el menor, que tenía nueve años y vivía con su madre en el castillo de Javier. Íñigo y su patrón vivían intranquilos en Pamplona, sintiendo la hostilidad de buena parte de la población. Algún día, a punto estuvo

de echar mano a la espada en un encuentro callejero con una hilera de hombres.

Durante su estancia en Pamplona, probablemente acudió con su nuevo patrón a la jura del nuevo Rey Carlos I, que pronto sería Emperador. El 7 de febrero de 1518 pudo ver un vistosísimo cortejo desfilando por las calles de Valladolid y, más tarde, lucidas justas y torneos entre caballeros, en los que participó secretamente el propio Rey. ¿Acaso entonces pudo contemplar en un balcón a la infantita Catalina? La pobreci-

lla vivía casi prisionera en el castillo de Tordesillas en compañía de su madre, doña Juana la Loca. Terminaron las preciosas fiestas, el Rey salió hacia Aragón y Alemania para ser elegido Emperador, y el corazón de Íñigo quedó prendado por una misteriosa dama de la que diría que era no condesa ni duquesa, mas su estado era más alto que ninguna de éstas. ¿Sería la infanta real? Aquel amor imposible le prendió fuerte; su fuego y sus sueños durarían años.

La vida se encargaría de bajarlo a la realidad. Cuando Carlos I salió de España, las cosas empezaron a enredarse. En Castilla se pasaba de la revuelta a la revolución. Los comuneros y su junta no reco-



SAN IGNACIO DE LOYOLA

Técnica: Óleo sobre tela. Copia de la obra de Sanches Coello. Siglo: XVII



SAN IGNACIO DE LOYOLA

Autor: Anónimo. Técnica: Pintura sobre cobre. Siglo: XVII.

Lugar: Casa Provincial Flamenca, Bruselas.

nocían la autoridad del Consejo Real ni la del Gobernador Cardenal Adriano; los vasallos se levantaban contra sus señores, Haro lo hizo contra los Velasco y Nájera contra su Duque. Este movilizó tropas para recuperar su villa y fortaleza ocupada por las masas y castigó severamente a los levantiscos, permitiendo hasta el saqueo. Íñigo estaba con aquellas tropas, pero confesará más tarde que no quiso tomar parte en el saqueo: aunque él pudiera tomar de la presa, le pareció cosa de menor valor, y nunca cosa alguna quiso to-

mar de ella. Es un gesto que le honra y nos revela su condición. Le atraía, como a caballero, todo lo que fuese de más valer, más ser, más honroso, pero le pareció vergonzoso robar a unos vencidos.

También en Gipúzcoa se encendió la mecha de una guerra civil: unos eran partidarios de los comuneros, otros no. El Virrey de Navarra se trasladó a San Sebastián para poner paz y en tal cometido le ayudaron no poco Íñigo de Loyola e Ibáñez de Ercilla, el padre del autor del poema *La Araucana*. En aquella ocasión, Íñigo dio muestras de prudencia e ingenio, de saber tratar a hombres y de apaciguar discordias. Con el tiempo sería maestro en estas tareas.

Un herido en Pamplona

Pero el episodio más fuerte de aquel tiempo fue la entrada en Navarra de un poderoso ejército francés, seguido de muchos navarros, para la reconquista del reino. Eran más de diez mil hombres y con buena artillería. Venían a conquistar Pamplona. El Duque de Nájera huyó de Pamplona para pedir refuerzos y salvar la vida; con él huyeron otros muchos por miedo a represalias. Íñigo se quedó en Pamplona. Su hermano D. Martín acudió en ayuda con tropas guipuzcoanas y se encontró con Íñigo fuera de la ciudad. El Consejo les negaba el mando de la ciudad para su defensa. D. Martín con rabia se alejó de la ciudad con sus tropas. Además era imposible, suicida, pretender defenderla contra aquel poderoso ejército. Sin embargo, a Íñigo, que era valiente y pundonoroso, le dio vergüenza retirarse o escaparse, le pareció indigno o ignominioso. Picó espuelas a su caballo y entró en la ciudad, dispuesto a pelear hasta el final. Tuvo coraje, y lo necesitaría de veras.

Porque de aquellos pocos que se prepararon a defender la ciudad y fortaleza, muy pronto todos estarían dispuestos a rendirse, y “contra el parecer de todos” Íñigo impondría el suyo y lograría encender los ánimos para la defensa. Miguel de Unamuno, entusiasta de Loyola, se conmueve ante esta decisión y compara a Íñigo con Don Quijote; los encantadores —y los muchos Panzas— podrían quitarle la ventura, esto es el triunfo y el éxito, pero el esfuerzo y el ánimo será imposible.

También cuando nos hable del servicio a Cristo, el Rey que no pasa, nos dirá que existe un modo sublime y generoso en que los demás le toman a uno por vano y loco (*Ejercicios* 113-5, 1657).

Decidido a combatir y a afrontar la muerte, Íñigo nos dice que se confesó con un compañero. En esos momentos-límite, la vida propia se nos presenta con especial luz, despertamos del sueño, contemplamos nuestros actos con otros ojos, descubrimos nuestra

responsabilidad. Nuestra vida se nos presenta sucia, cargada de mal, empecatada. Reconocer ante otro, un seglar, nuestros pecados, confesarlos, es un modo de expresar nuestro íntimo deseo de perdón y nuestra voluntad eficaz de hacer algo de nuestra parte para merecerlo. El orgullo, la figura social, la respetabilidad postiza, saltan hechos añicos. El hombre queda desnudo ante sí mismo, sin trajes que disimulen su miseria.

Así preparado, Íñigo entró en combate y cayó pronto herido. La tradición ha dicho que fue el 20 de mayo, “cayendo él, los de la fortaleza se rindieron”, nos recuerda Íñigo años más tarde. Hoy sabemos que el duelo artillero se inició el 19 y que la artillería gruesa llegó y funcionó a partir del 23 o 24 de mayo y entonces se rindió el castillo. La pelota de una bombardera le quebró una pierna y le hirió en la otra. Hubo heridos, alguno de los cuales murió al día siguiente. Íñigo debió aguantar herido varios días hasta que se rindió el castillo y se pactaron las condiciones de salida. Los franceses lo hallaron tendido en el suelo, lo trataron cortés y amigable, lo sacaron a la ciudad, le proveyeron de médicos y más tarde decidieron mandarle a su casa, porque su cura había de ser larga. El viaje por monte debió ser penoso, transportado en unas angarillas. Delante de su casa de Loyola existe un grupo escultórico en bronce que nos recuerda la escena de la llegada y el saludo alborozado del perrito de casa. Íñigo sufrió mucho aquellos días, física y moralmente. Nos confiesa que nunca tuvo odio a persona alguna ni blasfemó contra Dios. Es un ejemplo noble para los jóvenes de hoy.

Volvió a su casa herido y humillado, sin los aires retadores de pocos años antes. Y le esperaban nuevas pruebas. El médico Martín de Iztiola se encargaría de las curas. Sea porque le entablaron mal los huesos rotos o porque se desencajaron con el viaje, hubo que rompérselos de nuevo. Él recuerda muchos años después aquella “carnicería” y nos revela un gesto hermoso y varonil: nunca habló palabra ni mostró otra señal que apretar mucho los puños. Íñigo era un hombre de colosal energía y voluntad.

Cuando visitan el dolor y la muerte cercana

Acaso creyó que con aquel esfuerzo podría alcanzar de nuevo sus fuerzas y reintegrarse a la vida. Mas, las cosas empeoraron para él inesperadamente. Fue el día de San Juan, cuando los azpeitianos iban a la ermita dedicada al Bautista: lo recordaba aún al final de su vida. No podía comer y se le presentaron síntomas de muerte. Los médicos estaban muy desanimados y pesimistas. Ante lo peor, le aconsejaron que se preparase para el gran viaje y se confesase. ¿Sería su final? En tal trance, echaba la vista hacia atrás y ¿qué veía? Cuando ya convertido a Dios haga el balance de su vida hasta entonces, nos

dirá que fue hombre dado a las vanidades del mundo y principalmente se deleitaba en el ejercicio de las armas con un grande y vano deseo de ganar honra. Había sido muy dado a leer libros mundanos y falsos que suelen llamar de caballería. Había sido mozo muy lozano y pulido y muy amigo de galas y de tratarse bien. Era, pues, vanidoso, retador y peleón por puntos de honra, travieso en juegos y cosas de mujeres, quería ser famoso. Era ambicioso y de gran ánimo, se sabía capaz



SAN IGNACIO DE LOYOLA
Autor: Anónimo. Técnica: Óleo sobre tela. Siglo: XVII.
Lugar: Curia General, Roma.



SAN IGNACIO DE LOYOLA

Técnica: Óleo sobre tela. Lugar: Residencias de los Jesuitas. Huesca, Inspirado en el original de Sanches Coello. Siglo: XVII.

de mostrarse para mucho en lo que se ponía y aplicaba. Pero, en fin de cuentas ¿a qué se había puesto y aplicado? De cara a Dios, había sido un cristiano del montón. Tenía fe ciertamente, pero no había vivido conforme a ella. El pecado, pecado de la carne, le había vencido más de una vez. Su vida se le presentaba muy vacía.

Íñigo confesó y comulgó, puso en paz su alma, pero empeoró y todos creyeron que se moría. Días después, la víspera de San Pedro, la gravedad dio un vuelco, empezó a

mejorar, se alejó el peligro de muerte. De nuevo empezó a soñar con la vida, con su vida anterior, y hasta se empeñó en sufrir una nueva operación de huesos ¡sin anestesia! para mejorar su pierna. Le esperaban semanas de cama, de inactividad, de aburrimiento. Quiso leer nuevamente los vanos y falsos libros de caballería y no los había en Loyola. Su cuñada, doña Magdalena, le prestó dos libros muy hermosos que acaso trajo de la Corte en que sirvió a la Reina Isabel. Eran una *Vita Christi* y unas vidas de santos. Por ocupar sus horas muertas Íñigo se entregó a su lectura y descubrió un mundo hasta entonces ignorado, una especie de caballeros de Cristo que hacían otras hazañas muy distintas a las que él soñaba. Aquellos libros

fueron descubriendo algo en lo que no había pensado nunca, y él se dejó llamar por su lectura.

Nos dice que “se paraba a pensar”. Es una preciosa frase . ¡Qué pocas veces nos paramos a pensar! Preferimos vivir sin pensar, cada día y cada hora. Nos da miedo pensar. En sus pensamientos le cosquilleaba una idea, a él, siempre dispuesto a cosas grandes: si yo hiciese esto que hizo San Francisco... Era una frase condicional, tímida, poco comprometedora. Si yo hiciese... pero hasta entonces nunca se le había ocurrido tal cosa, hasta que le visitó el dolor.

Otro gran converso francés moderno, León Bloy, dice que el hombre posee zonas de su corazón que no existen y en las que entra el dolor a fin de que existan. “Si yo hiciese”. Yo y hacer: dos conceptos, que le obligaban a enfrentarse consigo mismo. No nos gusta pensar, y menos ahondar en nosotros mismos. Íñigo nos dice, además, que razonaba consigo mismo, en silencio y soledad, descubriendo sus vacíos y contradicciones, escuchando voces e impulsos interiores muy variados. Se daba cuenta de que dentro de él, que era uno, había dos, y dos que batallaban. Porque unas veces quedaba como embebido horas y horas pensando en la dama de sus pensamientos, imaginando lo que haría para ir a su tierra, las palabras encendidas que le diría, los hechos famosos de armas que haría en su servicio, soñando con imposibles. Y otras veces, pensando en Francisco de Asís y Domingo de Guzmán, pasaba del si yo hiciese a lo tengo que hacer, a desear y proponer, a proponer irse a Jerusalén descalzo y comiendo hierbas como penitente. Sólo que el primer pensamiento lo dejaba seco y descontento, y el segundo lo dejaba contento y alegre.

La conversión de Íñigo no fue instantánea y fulminante, sino amasada en horas solitarias de pensar y razonar consigo. Él nos confiesa que en un punto se le comenzaron a abrir un poco los ojos, los ojos del espíritu, naturalmente. Hasta entonces había estado ciego y sordo para ver o escuchar las solitaciones del espíritu, de distintos espíritus, las voces que proceden de lo hondo del corazón cuando hacemos un poco de silencio y calma. Aquel mundo espacioso

y misterioso que descubría no eran juegos de psicología, sino “cosas de Dios”, de Dios que le hablaba al corazón.

Abiertos los ojos, despertaba en él una nueva sensibilidad y valoración de todo, empezó a pensar de veras en su vida y vio que tenía que hacer penitencia. Se sintió pecador, vio que tenía que cambiar su vida. Le fueron naciendo grandes deseos. Se sentía débil, pero llegó a prometer con la Gracia de Dios imitar a aquellos santos enamorados de Jesús. Por eso nació en él la idea de ir a la tierra de Jesús para allí vivir y morir ignorado de todos, pero fiel a sí mismo y a ese Jesús que había descubierto. Como en un juego de balanza, los nuevos deseos y proyectos fueron desvaneciendo a los viejos y mundanos. En ese trance, una noche vio una imagen de la Virgen con el Niño, estando despierto, recibió con ello un consuelo indecible y concibió un profundo asco de su vida pasada, especialmente de sus pecados carnales.

Aquella singular gracia le acompañó toda su vida. ¿Es el asco la antesala de la sinceridad o al revés? En esa hora cambió la vida de Íñigo, no cuando le hirió la bombarda en Pamplona, aunque en los caminos imprevisibles de Dios no hubiera ocurrido lo primero sin lo segundo.

Un “hombre nuevo”

En Loyola nació Íñigo en una estancia del primer piso; en Loyola, en el cuarto alto, volvía a nacer treinta años después un hombre nuevo. Este segundo renacimiento era íntimo y oculto, pero hasta sus familiares empezaron a notar la mudanza. Era otro hombre, miraba de otro modo, hablaba de otra manera, estaba reconcentrado en sus pensamientos, irradiaba lo que llevaba dentro. Seguía leyendo los libros que tanto bien le hicieran, aunque ahora los entendía mejor, veía todo más claro y copiaba algunas de sus frases para retenerlas mejor en la memoria. Comenzó a levantarse y andar un poco. Sobre todo comenzó a orar. Hasta entonces había repetido mecánica-

mente las oraciones aprendidas de niño y de pronto empezaba a gustar de aquel diálogo con Dios. Para la vida del espíritu orar es como respirar, porque es hablar con quien sabemos que nos ama. A veces pasaba ratos mirando el cielo y las estrellas. Con silencio y paz en el alma, la naturaleza nos ayuda a encontrar a Dios. ¿Qué haría ante el futuro? porque la vida seguía. Le pasó por la cabeza retirarse del mundo y hacerse cartujo en Miraflores de Burgos. Pero sobre todo le dominaba una



SAN IGNACIO DE LOYOLA HERIDO EN LA BATALLA DE PAMPLONA (D)
Técnica: Óleo sobre tela. Lugar: México. Año: 1750.
Autor: Miguel Cabrera

idea: ir a Jerusalén, la tierra de Jesús. Todos los rincones de la tierra son buenos para encontrar a Jesús de Nazareth. Pero acaso pisando la misma tierra que pisó Jesús, sus palabras y su imagen calan más hondo en el alma, viendo los montes y lagos que él viera, estando en silencio en Belén o en el Monte de los Olivos y en el Calvario. Jesús era ahora para él algo vivo y presente, por encima del tiempo; pero remontar en el tiempo y acercarse a sus palabras en la misma tierra donde resonaron, haría que estas penetrasen más hondo en el corazón.



APARICIÓN DE SAN PEDRO A SAN IGNACIO DE LOYOLA CONVALECIENTE

Técnica: Óleo sobre tela. Lugar: Universidad Pontificia de Salamanca, España. Siglo: XVII. Autor: Taller de Sebastiano Conca

En cualquier caso tenía que salir de casa, apenas convalciente. Dijo que deseaba ir a visitar a su patrón el Duque, a Navarrete, que es una villa de La Rioja. Mas su hermano adivinó que tramaba alguna cosa extraña. Un día se encerró con él en un cuarto y le echó un discurso a Íñigo queriéndole apartar de aquel proyecto que desconocía. Es el discurso que hacen los patos al águila real, disuadiéndole de volar por las alturas y animándole a caminar pesadamente pegada a la tierra. Le dijo lo que suelen decir los amigotes a quien quiere

cambiar de vida: que no hiciese locuras y se echase a perder, que la vida normal era hermosa y le prometía mucho, que su familia esperaba mucho de él... Un convertido es algo muy serio y firme y poco le importan esos discursos. Íñigo era un hombre de voluntad.

La ruptura con todo

Y salió de casa, con su secreto en el alma, a caballo, vestido de gala con espada y puñal, y acompañado de dos criados de la casa. Esta vez era distinto de cuando se marchó a Arévalo. Ahora buscaba una ruptura total con su vida anterior. Buscaba liberarse de los condicionamientos de su pasado, como los jóvenes que hoy se apartan de la casa paterna y se ponen a vivir por su cuenta. Liberarse ¿para qué? Aquí está la diferencia. Íñigo es una “pasión convertida”, con un torrente de fuerza al servicio de Dios que le ha seducido. Para comprender el misterio de su alma nos sirven las palabras del filósofo moderno Lavelle: “No dejamos de estar divididos entre lo interior y lo exterior, entre la verdad y la opinión, entre lo que quisieramos y lo que podemos”. Propio del santo es haber realizado la unidad de sí mismo, pero imaginamos que vive en un perpetuo sacrificio, pues es lo exterior lo que retiene nuestra atención y pensamos que lo exterior debe separarnos de él. Es la opinión lo que tenemos, pensando que ridiculiza la verdad. Es nuestra debilidad lo que invocamos, juzgando que hace inaccesibles nuestros votos más esenciales. El santo no conoce este temor y este embarazo. Por comprometerse siempre todo entero, jamás calcula su pérdida y su ganancia. Y así jamás tiene la impresión de sacrificar nada. ¿Cómo podría hacer el sacrificio de lo exterior, que no es para él otra cosa que lo interior de una presencia que lo realiza? Lee dos, tres veces, despacio, este párrafo, que te verás en él retratado. Si lo entiendes, entenderás a Íñigo y te dará envidia su libertad.

De Aránzazu a Montserrat

Íñigo pasó a Aránzazu, que era una pequeña ermita entre riscos, y allí oró ante la Virgen pidiendo fuerzas. Estaba seguro, pero tenía miedo, miedo de sí mismo. Y por eso arrancó haciendo voto de castidad. En aquella batalla contra la carne empezó a azotarse todas las noches. Pasó por Navarrete y desde allí partió solo en su mula camino de su destino primero secreto: el santuario de Montserrat de Cataluña. Quería sellar su ruptura con el pasado con un gesto solemne, aunque absolutamente solitario y sin más testigos que Dios y la Virgen. Recordaba de sus lecturas de libros de caballerías que los grandes caballeros, como Amadís de Gaula, iniciaban su nueva vida en una ceremonia solemne y comprometedora. Íñigo era un novato en camino de espíritu y sólo pensaba en hacer: hacer penitencias extremadas, hacer grandes cosas, emular a los santos. Él mismo nos confiesa que entonces no sabía qué era humildad, caridad, paciencia, el abecé de la santidad. Lleno de hervor fue caminando por Logroño, Tudela, Zaragoza, Lérida, Igualada. En uno de estos dos últimos pueblos compró una tela de saco, un bordón, una calabacita y un par de esparteñas o alpargatas, y los puso en el arzón de su mula.

Una vez en Montserrat oró ante la Virgen morena, se confesó pausadamente durante tres días para liquidar su pasado. Y el 24 de marzo de 1522 dio el paso transcendental. Con disimulo se quitó en un rincón sus ropas vistosas y se vistió el saco, dando las primeras a un pobre que pedía a la puerta, y dejó ante el altar su espada y puñal. Con su nuevo atuendo, pasó en vela ante la Virgen toda la noche, unas veces en pie, otras de rodillas. Y al amanecer, se marchó, sin ser conocido. Rico, disfrazado de pobre, se sentía libre; libre de sus pecados y de su pasado con sus vanidades, libre de su familia y su ambiente, libre de todo, para empezar una vida nueva. Libre hasta del orgullo de su nombre y apellido. Sería un peregrino anónimo, en cambio el mendigo que recibió sus ropas y se disfrazó de rico, fue preso, porque creyeron que había robado sus vestidos. Al decir que se los había regalado un peregrino, obligó a sus alguaciles a dar con Íñigo

y aclarar el asunto, al mismo tiempo que se descubría el disfraz de pobre, de quien había sido dueño de aquellas ricas vestiduras. Es la primera vez en que él mismo nos confiesa que se le saltaron las lágrimas de los ojos, al ver cómo vejaban al pobre. La sociedad es injusta y no está acostumbrada a ninguno de los dos cambios: el del rico que se disfraza de pobre y el pobre que se disfraza de rico.

Íñigo iniciaba su aventura de un pobre cristiano, en bella expresión de I. Silone.

Es la expresión más alta del hombre solitario, él solo y Dios, ajeno a lo que pasaba en la Europa de su tiempo: los tratados de los reyes, los afanes del nuevo Emperador, la conquista de México, la vuelta al mundo de su paisano Juan Sebastián de Elcano, el nuevo Papa Adriano, los libros de Erasmo o de Tomás Moro, el desgarrón de Lutero y sus ataques a la Iglesia. Vivía su presente, ante sólo Dios, como un peregrino anónimo:

*Soy peregrino de hoy,
no me importa dónde voy;
¿mañana?... ¡Nunca quizás!*

Manuel Machado



EL TRANCE DE SAN IGNACIO DE LOYOLA EN MANRESA
Técnica: Óleo sobre lienzo. Lugar: Universidad Iberoamericana. México.

El peregrino enseñado por Dios



SAN IGNACIO DE LOYOLA
Técnica: Óleo sobre tela. Lugar: Zacatecas, México.
Siglo: XVIII. Autor: Anónimo

Ser peregrino era llevar una vida precaria y pobre, incierta, esperando todo de cada día y de la caridad, acogándose a los hospitales donde recalaban los que no tenían techo. Así llegó al hospitalito de Manresa, pensando pasar unos días, que se transformaron en casi un año. Se adentra en tierras extrañas, renuncia a los soportes del apellido y del dinero, se desprovee de todo amparo, vive de limosna. “El más terrible enemigo del heroísmo, dice Unamuno, es la vengüenza de ser pobre”.



LOS MILAGROS DE SAN IGNACIO DE LOYOLA
Técnica: Óleo sobre tela. Detalles: Pintado para el altar mayor de los jesuitas en Amberes. Lugar: Museo de Historia del Arte, Viena.
Año: 1619. Autor: Pedro Pablo Rubens

Vencida esta, el heroísmo discurre a rienda suelta. La historia del rico apresado con sus vestidos pobres de peregrino fue corriendo e hizo que las gentes, aún sin saber quién era, comentasen que Íñigo no era lo que parecía y que había sido algo o alguien. En la pequeña villa de Manresa le empezaron a llamar “el hombre del saco” lo que estaba a la vista y también “el hombre santo”, lo que no se veía, pero se sospechaba.

El hombre del saco llevaba un pie descalzo, y el otro —el de la herida— calzado. Llevaba una estampa de la Virgen de los Dolores, que sacó de Loyola, y una alforja donde guardaba sus apuntes. Pero

no era un pobre vulgar; sus finas maneras y modales, sus manos cuidadas, denunciaban un señor, no venido a menos, sino que voluntariamente disimulaba su rango. Sesenta años más tarde, en los procesos de beatificación, algunos ancianos manresanos recordarán algunas cosas, y otras que las oyeron a sus padres: la mujer que igualó con tijeras el vuelo del saco con que iba vestido, los niños que le llevaban algo de comer. La casa donde le acogieron enfermo, la admiración de muchos, la murmuración de pocos. El peregrino pedía limosna cada día, no comía carne ni probaba vino, oía misa todos los días, rezaba con un Libro de Horas, visitaba el Hospital y llevaba comida a los enfermos. Tenía cabellos despeinados y uñas largas, se fue haciendo demacrado y macilento, hablaba a los niños en la calles, algunas mujeres le escuchaban con la boca abierta; en el hospital, repartía sus limosnas o mendrugos a otros tan pobres como él. Muchos años más tarde quien sería su secretario, el castellano Polanco, dirá de esta época: “Es de notar la libertad que Dios daba entonces



SAN IGNACIO DE LOYOLA EN LA CÁRCEL
Autor: Taller de Sebastiano Conca. Siglo: XVII.
Lugar: Universidad Pontificia de Salamanca. España.

a Íñigo y el poco respeto que tenía a persona alguna”. Quiere decir que ninguna persona —sus juicios, palabras o acciones— coartaba la libertad de Íñigo, porque, por otro lado, Íñigo tenía infinito respeto y caridad para la más humilde e insignificante de las personas que lo rodeaban, que eran las sencillas.

Todo esto es lo que la gente veía y recordaba, mas había otras cosas cuyo secreto sólo poseía Íñigo y quiso contárnoslo, y era lo que pasaba por su alma. En esos meses tuvo algunas visiones sobrenaturales y también fuertes pruebas espirituales. Una de ellas la del desaliento, en forma de pregunta insidiosa; Y ¿cómo podrás tú sufrir esta vida setenta años que has de vivir? Íñigo pasó días en que perdió su alegría interior y su paz interna, conoció el resequido del alma, la pérdida del gusto por la oración. “No me dice nada”, diría si fuese de hoy. Conoció la losa pesada de la tristeza, el tormento de los escrúpulos, la aflicción profunda, la noche cerrada del alma, sin atisbar remedio alguno. Pero seguía fiel a sus prácticas piadosas. La prueba llegó a situaciones-límite, llegó a gritar pidiendo auxilio a Dios, a sentir la tentación del suicidio, el vacío de la existencia y la pérdida del sentido. Cuando llegó a la cima de la desolación, de pronto le llegó la claridad, recobró la esperanza, dejó las penitencias extremosas, comenzó a percibir regalos del espíritu. En este tiempo —nos confiesa años más tarde— le trataba Dios de la misma manera que trata un maestro de escuela a un niño enseñándole, y ora esto fuese por su rudeza y grueso ingenio, o porque no tenía quien le enseñase, y por la firme voluntad que el mismo Dios le había dado para servirle, claramente él juzgaba y siempre ha juzgado que Dios le trataba de esta manera.

Como un niño. El niño es como cera blanda, receptividad pura, confianza inmensa en el maestro. Sólo que un día el Maestro, que era Dios, le enseñó más. Treinta años después lo recordaba como el primer día. Fue en un camino, junto al río Cardoner, cuando iba hacia una iglesia. Se sentó un poco mirando al río, “que iba hondo”. Y de pronto se le empezaron a abrir los ojos del entendimiento y entendió todo con una luz distinta. Nunca en el resto de la vida le

pasó aquello en aquella medida y profundidad. El efecto fue que quedó “como si fuese otro hombre y tuviese otro intelecto que tenía antes”. Fue como una gran claridad en las cosas de la fe que ya sabía, pero que le parecieron como nuevas. Una vivencia imborrable. El misterio de Dios y de la Trinidad, la Creación, la Eucaristía, la presencia divino-humana de Cristo, se le hicieron más transparentes y luminosas. Es como si Dios le inundase el alma. Él, espiritualmente niño, se vio transformado en adulto. Fruto de aquella experiencia y de lo mucho que iba ahondando en los secretos del alma fue una primera redacción del librito que lo haría inmortal: los *Ejercicios Espirituales*. Mas, ni eso le desvió de su viejo propósito; ir a Jerusalén: ¡cuánto había avanzado en poco tiempo! ¡Qué lejos quedan Pamplona y Arévalo, su vida anterior!

La tierra de Jesús: a Jerusalén, ida y vuelta

Fue al principio del año 1523. Íñigo se dirigió a Barcelona para ocuparse de su viaje a Jerusalén. Creía que Dios le empujaba a aquel viaje y en Él quería esperar del modo más radical. Se empeñó en lograr pasaje gratis y lo consiguió, y aun tenía escrúpulos de no confiar plenamente en Dios porque había de llevar algunas provisiones. Las consiguió pidiendo limosna. El resto de sus horas las empleaba en obras de piedad y en conversar espiritualmente con quien podía. Embarcó en Barcelona, camino a Gaeta y Roma. Fue un viaje un tanto azaroso. En Roma pasó la Semana Santa y obtuvo el pasaporte pontificio, donde tuvo que poner su nombre: Enecus de Loiola, clericus pampilonensis. Luego no fue mentira que fuese clérigo cuando la calaverada de 1515. De Roma se dirigió a Venecia. A pie, durmiendo en pórticos o a cielo raso. En Italia hacía estragos la peste, y tan macilento y descolorido estaba Íñigo, que en alguna ocasión le tomaron por un apestado. Venecia era maravillosa y pudo ver algunas de sus fiestas, pero dormía en la plaza de San Marcos. Ciegamente confiado de que obtendría pasaje, lo logró del mismo



SAN IGNACIO DE LOYOLA ESCRIBIENDO LOS *EJERCICIOS*
ESPIRITUALES EN LA CUEVA DE MANRESA Autor: Sebastiano Conca.
Técnica: Óleo sobre tela. Lugar: Universidad Pontificia de Salamanca. España.

Dux de Venecia. Unas calenturas y la consiguiente purga le dejaron más muerto que vivo la víspera del embarque; pero el voluntarioso Íñigo embarcó. La falta de viento les hizo emplear un mes en llegar a Chipre. El 24 de agosto llegaba a Jafa. Eran 21 peregrinos.

Al acercarse a Jerusalén, le esperaban los franciscanos. Como los peregrinos de hoy, Íñigo visitó el Cenáculo de la Última Cena, la iglesia de la Dormición de la Virgen, el Santo Sepulcro donde pasó la noche en vela, e hizo el recorrido del Via Crucis. En días siguientes visitó el Monte de los Olivos, Betfagé, Betania, Belén, el huerto de los Olivos y el torrente de Cedrón con el valle de Josafat, la fuente de la Virgen, la piscina de Siloé, el monte Sión, Jericó, el río Jordán... En todas partes le asaltaban el recuerdo, la presencia de Jesús, el eco de sus palabras. Palpaba a Cristo. A punto estuvo de quedarse a vivir y a morir en aquella tierra hollada por Jesús. Mas se torcieron las cosas y fue imposible. Cumplió a medias el gran deseo de su vida, tuvo que resignarse a volver. La vuelta, también gratis,



SAN IGNACIO DE LOYOLA ESCRIBIENDO LAS *CONSTITUCIONES*.
Técnica: Óleo sobre tela. Lugar: Museo Nacional de Virreinato, México. Siglo: XVIII.
Autor: Nicolás Cabrera

fue azarosa. Padeció tempestades, sabemos que vestía jubón negro, calzones de tela gruesa hasta las rodillas y una ropilla de poco pelo. Iba calzado pero con las piernas desnudas. Llegó a Venecia en enero de 1524, tras dos meses de navegación. Lo pudo ver Tiziano, pero no estaba como para pintarlo. Era más digno pintar al Papa Paulo III, a Carlos V o a Venus.

Íñigo, el gran caminante mendigo, fue caminando por Ferrera, Lombardía y Génova. Lo detuvieron como espía los franceses y lo pasara mal sino apareciera un capitán, paisano de Bayona. En Génova se encontró con otro vasco, General de Galeras, apellidado Portuondo. Gracias a él pudo llegar por mar a Barcelona. En tan largo camino de vuelta, tuvo tiempo para ir pensando qué debía hacer entonces, y fue brotando como una idea fija el ideal de ayudar a las almas, y para ello prepararse y estudiar. El Maestro Ardevol se ofreció a enseñarle latín, la lengua llave para todos los estudios. Y a sus treinta y tantos años se puso a aprender declinaciones y verbos

como lo hacían los muchachos de diez años. Vivió en casa de Inés Pascual, quien le había conocido en su anterior etapa catalana. Había escogido también a un chico que deambulaba por las calles en los días de peste y este recordaría, de viejo, las costumbres del peregrino Íñigo. Vivía en una cámara alta, con una cama sin colchón, dado a oración, silente y callado, mas cuando hablaba, su palabras “tocaban dentro”. Los muchachos curioseaban en la alforja del peregrino y él les daba trozos de pan. Al hijo de Inés se le quedaron grabadas en la memoria unas exclamaciones del peregrino a quien espiaba cuando rezaba, haciéndose el dormido: ¡Dios mío, si te conociesen los hombres! Misteriosas palabras para un muchacho.

Esta vez, gentes barcelonesas sencillas y aun notables fueron conociendo y estimando al peregrino. Como efecto de sus visitas al convento de Nuestra Señora de los Ángeles, las monjas reformaron su vida, y cerraron la puerta a visitas mundanas. Un noble despedido hizo que un facineroso a sueldo diese una paliza a Íñigo en plena calle. Lo llevaron medio muerto a casa de doña Inés, y tardó dos meses en sanar, jamás denunció al culpable, por tal motivo le visitaron caballeros y damas importantes, como doña Estefanía de Requesens, hija del Conde Palamós, y otras. Isabel Rosell, se quedó encandilada por la luz que vio en el rostro del peregrino, un día que oraba en la iglesia de San Justo y lo llevó a su casa a comer. Les hablaba de Dios. Más tarde le ayudaría a sus estudios en París e Íñigo le guardó profunda gratitud.

Fue entonces, en Barcelona, cuando el solitario peregrino pensó juntar personas para emplearlas en reformar vidas y que fuesen como “unas trompetas de Jesucristo”. Así se le unieron tres, llamados Arteaga, Cáceres y Calixto. Lo siguieron algún tiempo, pero luego quedaron en el camino. Su maestro Ardevol animaba a Íñigo a proseguir sus estudios en la Universidad de Alcalá, y allá se dirigiría Íñigo, tras dejar honda huella espiritual en Barcelona. Como reliquia de esta época nos queda una carta que dirigiera a su benefactora Inés Pascual: le anima a esforzarse por amor de Dios a vivir con gozo. Y firma la carta “el pobre peregrino, Íñigo”.

¿Qué le reservará el destino? Repasando su vida, podía percibir sus etapas: olvido de Dios, encuentro con Dios, irradiación de Dios en los que encontró en su camino. Ahora pensaba borrosamente en juntar personas que multiplicasen su afán de convertir a los demás a Dios, transformando sus vidas y su entorno, y pensaba que para ello debía prepararse.

Un estudiante viejo

Inicia por ello una etapa de su vida en que pasa por las dos más famosas universidades españolas: primero y durante más tiempo Alcalá, la Universidad innovadora; luego, brevemente, Salamanca, la clásica y tradicional. En una y otra le acompañan los tres seguidores antes mencionados. Fue ciertamente un estudiante singular, con bastantes más años que los demás y empeñado en vivir mendigando y de limosna, aguantando las pullas que se propinan a los que, siendo sanos, mendigan. Un día le dió una limosna en plena calle un estudiante vasco, apellidado Olabe; años más tarde sería jesuita, como también D. Diego, de la familia de los impresores estellese Eguía, que le regalaba objetos para que los vendiese y asistiese a otros necesitados. Viendo cómo se burlaban de él y lo escarnecían, un buen hombre se compadeció de él; era el encargado del hospital llamado de Antezana y se llamaba Julián Martínez. Lo llevó al Hospital y en él aseguró cama, comida y candela.

Quando Íñigo evoque estos meses de Alcalá nos dirá muy poco acerca de la Universidad, de sus maestros y estudios. En año y medio revolvió demasiadas cosas a un tiempo: la lógica de Soto, la física de Alberto Magno, las sentencias de Pedro Lombardo. Mas recuerda con detención otras facetas de su vida; a quien quería escucharle le explicaba la doctrina cristiana y le daba los *Ejercicios Espirituales*, y no sin fruto.

Generalmente eran gentes sencillas las que le escuchaban, muchas veces en el patio del Hospital. Por entonces se hablaba mucho



TRANCE MÍSTICO DE SAN IGNACIO DE LOYOLA

Técnica: Óleo sobre tela. Lugar: Universidad Pontificia. Salamanca, España. Siglo: XVIII.

Autor: Taller de Sebastiano Conca

en Castilla de los conventículos de alumbrados, contra los cuales actuó la Inquisición. ¿No sería Íñigo, y las gentes que le escuchaban —“mucho concurso”— uno de ellos? La gente los llamaba los “ensayalados” por su modo extraño de vestir. Los inquisidores se fijaron en él y lo denunciaron al Vicario de Toledo. Este actuó y les obligó a vestir normalmente, de clérigo o de estudiante y no le gustó su modo de vivir “a manera de apóstoles”. Los “íñiguistas”, así llamaban al pequeño grupo, no iban a la Universidad, sino que estudiaban particularmente, pero reunían en torno a sí a gentes a las que platicaba el mayor, que era Íñigo; andaba descalzo y le tenían por santo. El auditorio era variopinto: un albardero, una panadera, una mocita, una viuda... Tras la primera denuncia y prohibición de vestir extrañamente, vino una segunda con proceso. Íñigo, que ya vivía en una casita, fue encarcelado; cuando lo llevaban a la cárcel se cruzó con un joven a caballo rodeado de amigos y sirvientes, quien

quedó impresionado por el aire y mirada del preso. Era Francisco de Borja, quien más tarde sería jesuita. Íñigo pasó en prisión mes y medio, recibiendo visitas y favor de gentes notables. También en la cárcel seguía enseñando y predicando. Un día le visitó un profesor de la Universidad y a la mañana siguiente comenzó su clase diciendo: “he visto a San Pablo entre cadenas”.

Las pesquisas se llevaron a fondo, con declaraciones de muchos testigos. Nada malo se encontró en la enseñanza y actuación de Íñigo, mas la resolución del juez decretó que vestiría al modo común y, sobre todo, que no adoctrinaría a nadie, ni en público ni en privado, hasta pasados tres años y terminados sus estudios. “Le tapaban las puertas para aprovechar a las ánimas, no dándole causa ninguna sino porque no había estudiado”. Íñigo y sus compañeros abandonaron Alcalá para dirigirse a Valladolid y dar cuenta de todo al mismísimo Arzobispo de Toledo, Fonseca. Contó fielmente lo



SAN IGNACIO DE LOYOLA PREDICANDO EN AZPEITIA
Autor: Taller de Sebastiano Conca. Técnica: Óleo sobre lienzo. Siglo: XVIII.
Lugar: Universidad Pontificia. Salamanca, España.

ocurrido. El Arzobispo no revocó la decisión de su Vicario, pero le abrió las puertas de su Colegio y de la Universidad de Salamanca, dándole además una limosna.

Llegó el mes de julio, cuando acaba el curso y arrecia el calor. Allí le esperaban sus compañeros fieles. Pronto llamaron la atención por su vida y atuendo. Un día acudió a confesarse al convento dominico de San Esteban. Más tarde lo invitaron a comer un domingo. La curiosidad frailuna no tuvo límites; les intrigaba que Íñigo hablase de Dios sin haber estudiado Teología. La conversación tomó aires de interrogatorio suspicaz. Íñigo se cerró en banda, lo encerraron en la capilla, luego en un aposento al que venían frailes, unos reticentes, otros admirados. Pero a los tres días vino un notario, los llevó a la cárcel y les puso cepos como a otros delincuentes. Corrió la noticia y no faltaron gentes que les mandaron colchones y comida. Luego compareció el Vicario del Obispo, que era profesor de la Universidad. Íñigo le entregó su librito de los *Ejercicios*, que era lo que más quería en este mundo.

A los días vinieron unos doctores a examinarlo. Nada encontraban de reprochable, sino la audacia de predicar sin haber estudiado. Les llegó a visitar el joven Obispo de Salamanca que más tarde sería Cardenal. Un día huyeron todos los presos; Íñigo y Arteaga se quedaron en la cárcel, seguros de su inocencia. En efecto, a los veintidós días, fueron llamados para sentencia. Salían inocentes, pero se les prohibía hablar de Dios antes de terminar sus cuatro años de estudio. Íñigo protestó porque, sin motivo de condena, “le cerraban la boca para que no ayudase a los prójimos en lo que pudiese”. Una vez más tuvo que pensar qué debía hacer. Como cerraban las puertas a su vocación, opta por lo más difícil: iría a estudiar a París. Nadie pudo convencerle de lo contrario. Una mañana de septiembre salió solo, llevando algunos libros.

A París

Mas no pasó por su tierra, como era obvio, sino que se fue a Barcelona. Todos le disuadían del viaje a París, porque amenazaba la guerra con Francia. A primeros de enero de 1528 se partió para París, solo y a pie...nunca tuvo ningún modo de temor. Inés Pascual le aprovisionó para el camino y hasta le dió algún dinero para sus primeras necesidades. El 2 de febrero ya estaba en París. Primero se hospedó en casa de unos españoles y se inscribió en el Colegio de Monteagudo en los cursos de latinidad. Se dio cuenta de que estaba “muy falto de fundamentos” y no tuvo empacho, a sus casi cuarenta años, en mezclarse con los niños. La ayuda económica recibida en Barcelona, la depositó en manos de un compañero y este la gastó, dejándole sin blanca y obligándole de nuevo a mendigar en París. Luego se acogió a la caridad del Hospital de Saint Jacques, lo que le obligaba a caminar no poco todos los días para ir a clase. Vivir lejos, caminar para llegar a clase, mendigar para subsistir... y estudiar, era demasiado. Intentó servir de criado a algún maestro, pero fracasó en el intento. Al fin, aconsejado por alguien, se dedicó a viajar anualmente a Brujas y Amberes a pedir ayuda a ricos comerciantes españoles; alguna vez llegó hasta Londres. En uno de esos viajes conoció al gran humanista Luis Vives. Sus protectores le ayudaron más tarde girándole letras de cambio y esto le permitió dedicarse con más ahínco al estudio... y a su faena preferida, las conversaciones espirituales y los *Ejercicios*.

Conocemos los nombres de tres de estos ejercitantes universitarios: el toledano Peralta, el burgalés Castro y el guipuzcoano Amador de Elduayen. Los tres cambiaron radicalmente de vida y se pusieron a mendigar. El hecho fue objeto de comentarios. El famoso maestro portugués Gouvea decía que Íñigo los había vuelto locos, lo consideraba un seductor y estuvo dispuesto a castigarle severamente, pero Íñigo conquistó también al irritado maestro. Pasada aquella tormenta, él nos dice que “andaba quieto en paz con todos”. Inició



APARICIÓN DE LA STORTA

Autor: Sebastiano Conca. Técnica: Óleo sobre tela. Siglo: XVIII. Lugar: Universidad Pontificia. Salamanca, España.

sus estudios de Artes o Filosofía y fue admitido por Gouvea en el Colegio de Santa Bárbara. Su presencia, callada y discreta, se hacía notar: conversaba con todos, ayudaba material y espiritualmente a compañeros, a algunos empujó a abrazar la vida religiosa, algunos profesores serían amigos suyos. Buscaba a quienes querían servir a Dios. Su sola palabra era convincente en extremo. “Ganaba el amor de muchos”. Sólo que el de algunos fue más duradero y de largas consecuencias.

La cosa empezó en un cuarto del colegio

La cosa de insospechada trascendencia, empezó en un cuarto, en la cámara alta de la torre del colegio que llamaban “el Paraíso”, donde convivió con el maestro Peña y con los estudiantes Pedro



MUERTE DE SAN IGNACIO DE LOYOLA
Autor: Taller de Sebastiano Conca. Técnica: Óleo sobre Lienzo. Siglo: XVIII.
Lugar: Universidad Pontificia. Salamanca, España.

54

Fabro y Francisco de Xavier. Conversando se hizo el milagro. Fabro era un saboyano angelical, pero indeciso y lleno de escrúpulos. Su viejo compañero le conquistó el alma, le serenó y dio sentido, llegaron a ser “una misma cosa en deseos y voluntad y propósito firme de querer tomar una vida nueva”. Luego fueron Salmerón y Laínez, ya amigos entre sí, que vinieron de Alcalá a París y ocasionalmente toparon con Íñigo nada más llegar. Un tercer castellano, a quien llamarían Bobadilla, vino también de Alcalá y se acercó a Íñigo, que tenía fama de ayudar a estudiantes. El portugués Rodrigues, que vivía también en Santa Bárbara, tardó cuatro años en descubrir la santidad de su compañero de colegio y a él le dio parte de su alma y de sus deseos.

La pasta más ruda y difícil fue la de Xavier, flamante licenciado y pronto Maestro y regente de cátedra. Íñigo le ayudó económicamente y le procuraba alumnos. Xavier se mantenía distante de su compañero de cuarto y aun se burlaba de los que le seguían. Mas

como una gota gasta la piedra más dura, la palabra de Íñigo acabó por rendir a Xavier. Ante su cambio de vida, un criado suyo, apellidado Landíbar, quiso matar a Íñigo y este lo frenó con su palabra. Todos quedaron amigos entre sí y amigos de Íñigo: los iñiguistas. Todos querían visitar Tierra Santa y emplear su vida en ayuda y salvación del prójimo. Parece que no les afectaba las turbulencias ideológicas de París, la irrupción del calvinismo y su represión.

En 1533 Íñigo alcanza la Licentia Docendi... "*Parisiis et ubique terrarum*". Terminaban con ello las limitaciones de Alcalá y Salamanca. Al año siguiente dio los Ejercicios, uno a uno, a los del pequeño grupo y obtenía el título de Maestro en Artes. Fabro se ordenó y era el único sacerdote del grupo, un grupo de amigos unidos por un compromiso: el de ir a Tierra Santa. Ignacio, Xavier y Laínez soñaban con quedarse a vivir allí, Fabro y Rodríguez pensaban en volver. El tiempo tendría la última palabra, pero ellos fueron fijando los pasos efectivos: partirían para Venecia hacia 1537 tras terminar sus estudios, y allí esperarían la oportunidad de embarcar un año entero; si no podían cumplir su propósito, se pondrían a disposición del Papa. Optaban por la pobreza, los ministerios gratuitos, rechazarían las prebendas, vivirían en castidad. Para dar firmeza a su propósito, se reunieron el día de la Asunción en la capilla-cripta de Saint Denis, en Montmartre. Fabro celebró la Misa y antes de la comunión, uno a uno, pronunciaron su voto, que irían renovando cada año. Así el compromiso se hacía sagrado. Todavía no había nacido la Compañía, sí el grupo que desembocaría en ella. En otoño reanudaron sus estudios. Fue un otoño caliente, con carteles protestantes por las calles, actos de desagravio y penas capitales.

Hubo un contratiempo. La salud de Íñigo decayó notablemente, con fuertes espasmos. Tras fracasar otros remedios, los médicos le recomendaron probar los aires de su tierra. Los amigos le animaron a ello y le compraron un burrito para el viaje. Tras trece años de ausencia, Íñigo volvería a Loyola. Partió en marzo de 1535, manteniendo en pie la cita con sus amigos en Venecia en 1537. Alguien le reconoció en Bayona, y la noticia de su venida llegó antes que su

persona. Le salieron al camino para llevarlo a la casa-torre, pero él se acogió al hospitalito de la Magdalena con enorme disgusto y vergüenza de su hermano.

Los “aires de la tierra”: paso por Azpeitia

Tanto como curarse, Íñigo deseaba borrar su mala imagen anterior en su tierra. Ante el asombro de todos, salió a pedir limosna. Comenzó a recibir visitas en el hospital. Todos los días daba doctrina cristiana a los niños. Sesenta años más tarde aún vivían algunos de aquellos niños y declaran en el proceso de beatificación detalles insignificantes: llegó un viernes a las cinco de la tarde, su hermano le mandó una cama pero él la rechazó, vestía pobremente con una sarga parda y calzaba alpargatas que, a veces, las llevaba al cinto. Íñigo entregaba limosnas y regalos al hospital, predicaba en la iglesia del mismo y algún día en la ermita de la Virgen de Elosiaga y en la Parroquia, explicaba los mandamientos, tenía una voz delgada que se oía de lejos, venían a oírle gentes de otros pueblos como Régil y hasta Tolosa. María de Ulacia dice que aprendió de él la doctrina.

El paso de Íñigo sacudió hondamente a Azpeitia. Se redujeron juramentos y blasfemias, se acabaron los garitos de naipes y juegos, hubo serias enmiendas en las vidas, se compusieron matrimonios, cesaron amancebamientos y se convirtieron públicamente tres mujeres de la vida. La conmoción se transformó en veneración: una mujer tísica zumayana se decía curada por él y mostró su agradecimiento trayéndole pescado y naranjas. Le trajeron una niña endemoniada desde Vizcaya, a la que Íñigo simplemente bendijo. Arregló la vida de los clérigos, introdujo el tañido de las ánimas y el del mediodía para rezar por los que estaban en pecado mortal. Además, imitando algo que viera en Flandes, organizó un sistema asistencial para los pobres. Fueron tres meses fecundos. Muchos le rogaban que se quedase, pero él respondía que quedándose “no podía servir a Dios como debía y como lo podía hacer estando fuera de ella”. Le acompañaron hasta el

límite de la provincia, su hermano Martín y otros parientes. Allí se apeó de su caballo, y solo y a pie tomó el camino de Pamplona. El burrito que trajera quedó en Azeitia al servicio del hospital y la gente lo respetaba cuando entraba en los sembrados: era el burrito del Maestro Íñigo de Loyola, todavía no Padre Ignacio. En la peana, veneraban ya al santo.

Su destino era Venecia, pero hizo un largo recorrido para visitar las familias de algunos de sus amigos. En Obanos visitó

al hermano de Xavier, llevando una preciosa carta de este, en la que aplacaba a su hermano, quien estaba furioso por el cambio de vida verificado en Xavier por obra de Íñigo. En Almazán visitó a la familia de Laínez, en Toledo a la de Salmerón. Pasó por la Corte, donde pudo encontrar al viejo compañero Arteaga y acaso vio al Príncipe don Felipe, pues años más tarde ante un retrato de Íñigo, dijo: “Yo conocí al P. Ignacio y este es su rostro, aunque, cuando yo le conocí traía más barba”. En Valencia visitó a un cartujo, aquel doctor Castro al que inicialmente conquistara en París.

De Valencia fue por mar a Génova y a punto estuvo de naufragar. De Génova pasó a Bolonia, acaso con la idea de completar sus



VISIÓN DE LA STORTA

Técnica: Óleo sobre lienzo. Lugar: Catedral de Sevilla, España.
Año: 1595. Autor: Alonso Vázquez



58

SAN IGNACIO DE LOYOLA CONTEMPLANDO EL ANAGRAMA
DE LA COMPAÑIA (D)

Técnica: Óleo sobre lienzo. Lugar: Museo de Bellas Artes. Sevilla, España.
Año: 1676. Autor: Juan Valdés Leal

estudios. Ya viejo, le quedaban muy preciosos recuerdos de aquel viaje; a punto estuvo de despeñarse en una senda alta junto a un río y le salvaron unos matorrales; al cruzar un puentecillo de madera a la entrada de Bolonia se cayó al río y salió lleno de lodo, entre las risotadas de los testigos; recorrió toda la ciudad pidiendo limosna, pero no recogió ni un céntimo, ni un mendrugo de pan: se secó y le dieron de comer en el famoso Colegio español de Bolonia fun-

dado por el Cardenal Albornoz. En Bolonia pasó días en cama con fiebre, escalofríos y su crónica dolencia de estómago, que más bien era de vesícula biliar. Por entonces escribió a su protectora catalana Isabel Rosell que “un servidor de Dios en una enfermedad sale medio hecho doctor para enderezar y ordenar su vida en gloria y servicio de Dios”. Las nieblas húmedas y frías de Bolonia no le probaron y marchó a Venecia a esperar a sus compañeros.

¿Acudirían a la cita convenida, serían tan voluntariosos como Íñigo? Este pasó solo varios meses en Venecia. Con las ayudas económicas que le llegaban de Barcelona y la acogida de D. Martín de Zornoza, cónsul de España, dispuso de una temporada tranquila dedicada al estudio, a escribir numerosas cartas u ocupado en con-

versaciones espirituales, en tomar el pulso a Europa desde aquella ciudad privilegiada de cruce de ideas. Naturalmente dio los *Ejercicios Espirituales* a algunas personas notables: el procurador del hospital, Maestro Contarini; el auditor del Nuncio, Gaspar de Doctis; al clérigo malagueño Diego de Hoces, que entraría en el grupo. Acaso por esta actividad fue objeto de sospecha y se las vería con la Inquisición, saliendo indemne. En Venecia conoció también al Obispo de Chieti, Juan Pedro Caraffa, que más tarde sería Cardenal y Papa; había fundado una asociación de clérigos que se parecía a los iniguistas, mas no se entendieron Íñigo y él.

Cita en Venecia

¿Qué hacía, entre tanto, el grupo que quedó en París? Varios de ellos obtuvieron el título de Maestro en Artes en otoño de 1536, Xavier y Laínez lo habían obtenido con anterioridad. Por miedo a la guerra inminente entre España y Francia adelantaron su fecha de salida, venciendo no pocas oposiciones. Los nueve se lanzaron a la aventura de ir a pie desde París a Venecia. Evitando Provenza y Lombardía, escenario de la posible guerra, dirigieron su camino por Lorena, Alemania y los Alpes. Iban vestidos de talar como estudiantes; alguna viejecilla les tomó por reformadores. Padecieron fríos y nieves. No mendigaron, pero se reconocieron “novicios en caminar” y, acaso por eso, concibieron mayor admiración por su maestro Íñigo, el gran caminante. Conocemos su ruta: Meaux, Metz, Nancy, Basilea, Constanza, el Tirol, Trento, Venecia. Más de una vez se perdieron. Tuvieron ocasión de ver de cerca los efectos del protestantismo; en Weinfeldten vieron la fiesta que se hacía el día de la boda de su cura. Llegaron a Venecia el 8 de enero de 1537. Les llenó de gozo el encuentro con Íñigo. Le traían a Ignacio tres nuevos adeptos; como Ignacio había ganado a Hoces y a dos Eguía, ya eran una docena.

¿Qué plan tenía Ignacio para aquellos flamantes Magistri parisienses? Uno inesperado: distribuirlos por los hospitales venecianos, uno llamado de incurables, para que bajasen de las sutilezas universitarias a los estratos más miserables de la vida, a hacer camas, barrer, limpiar llagas, vestir y enterrar muertos. Vencieron repugnancias y náuseas, temores de contagio. ¡Qué raza de hombres! Tras dos meses de prueba, Íñigo los mandó a Roma a negociar el pasaporte pontificio. Esta vez caminaron en pobreza absoluta y viviendo de la pura limosna. Dormían en hospitales, pajares y establos, pedían limosna en los mercados; al Maestro Laínez le dieron en uno un rábano, una col y una manzana. Eso era seguir “el modo de vivir” de Íñigo.

En Roma se hospedaron en los hospitales nacionales. El Dr. Ortiz, que anteriormente recelaba de Íñigo, se les mostró favorable y les obtuvo audiencia con el Papa Paulo III. Este los invitó a comer para oírles disputar y les preguntó qué gracia deseaban. Sólo una: permiso para visitar la Tierra Santa y volver cuando les placiese. El Papa se mostró maravillado: todos acudían a él en busca de prebendas y privilegios... menos aquel puñado de ilustres maestros. De pronto, llovieron sobre ellos ayudas para sufragar el viaje, facultades especiales, permiso para ser ordenados sacerdotes rápidamente. Pero volvieron, mendigando otra vez, a Venecia, para reintegrarse a los hospitales.

Un deseo frustrado. Se abre otro camino

Mientras esperaban la hora del embarque, fueron ordenados en pocos días. “Amigos en el Señor” y ahora sacerdotes todos, incluido Ignacio. Fue el 24 de junio, día de San Juan Bautista. Si esto les llenó de gozo, otra circunstancia les llenó de temor: pocos días antes se rompía la alianza entre Venecia y Constantinopla, amenazaba la guerra, la Liga antiturca. De pronto “se alejaba la esperanza de pasar”. El grupo no se rindió ante la dificultad insuperable y cumplió la promesa hecha en París de esperar todo un año. Devolvieron a Roma

el dinero recibido para el viaje y se repartieron de dos en dos por las tierras venecianas, llevando una vida de ermitaños y preparándose para su primera Misa. Estuvieron en Verona, Bassano, Treviso; Ignacio, Fabro y Laínez fueron a Vicenza. Vivieron en una casita abandonada en la guerra, durmiendo en el suelo; pasaron mucha hambre, e Ignacio hacía de cocinero. Algunos enfermaron y al fin se juntaron en Vicenza. Fueron celebrando sus primeras Misas, menos Ignacio que acaso se reservaba para Jerusalén. Luego se repartieron por ciudades de Italia para ganar a otros a su grupo: Siena, Ferrara, Padua, Bolonia...

Se juntarían de nuevo en la primavera de 1538, cumplido holgadamente el año de espera, para decidir su futuro. No eran ya seglares, ni frailes mendicantes, ni sacerdotes diocesanos. La gente no sabía cómo encasillarlos. Antes de separarse, se formularon la pregunta: ¿qué responderían si les preguntaban quiénes eran? ¿No existían en Italia asociaciones que se llamaban Compañía del Amor Divino, Compañía del Buen Jesús? Pues ellos se llamarían Compañía de Jesús, un grupo de compañeros entrañables unidos en el nombre de Jesús.

Se separaron por poco tiempo, reanudando su vida anterior: visitas de hospitales y cárceles, catequesis de niños y adultos, ejercicio de la caridad, predicación y sacramentos, todo gratis y en pobreza, viviendo de limosna. Cada pareja obedece mutuamente por semanas, también Ignacio. Algún Vicario General decidió encarcelar a dos de ellos y el andaluz Hoces se moría de risa en la cárcel. Habían de valerle por sí mismos.

Ignacio confiaba en sus hombres, forjados a martillazos. Llamado o no, Ignacio, el responsable de los destinos del grupo, se dirige a Roma con Fabro y Laínez. Hombre providencialista, si lo hay, ve que Dios les cierra el camino a Jerusalén. Acaso está desconcertado y no sabe qué dispone Dios sobre su vida. De camino y a poca distancia de Roma, entra en una capillita que todavía hoy existe: la Storta.

Allí pasó algo muy profundo que solamente podemos atisbar por las escuetas palabras que él mismo nos refiere:

Y estando un día pocas millas antes de llegar a Roma en una iglesia y haciendo oración en ella, sintió tal mudanza en su ánimo y vió tan claro que Dios Padre le ponía con Cristo su Hijo, que no tendría ánimo de dudar de esto, sino que Dios Padre le ponía con su Hijo... y oyó que el mismo Señor y Redentor le decía: “yo os seré propicio en Roma”.

En Roma

Sintió mudanza, vio claro, era la voz de Dios. Aquella experiencia fue profunda y decisiva de cara al futuro. Nunca llegaremos a penetrar en su misterio. Apuntaba a Roma y por lo mismo disipaba definitivamente el proyecto de Jerusalén. “Yo os seré propicio”. Era el mismo Cristo que ellos buscaban en Jerusalén; auguraba un futuro propicio, aunque para Ignacio era oscuro. Seguridad no es claridad. Así entraron en la gran urbe los tres “pobres sacerdotes peregrinos”, como a sí mismo se definían. Vivieron primero en una casucha, al pie de Trinitá dei Monti, durmiendo en el suelo. Pronto se debieron poner a los pies del Papa y este empezó a utilizarlos. Fabro y Laínez comenzaron sus lecciones de Teología en la Sapienza. Ignacio se retiró a Montecasino a dar los Ejercicios al doctor Ortiz. Unos meses más tarde llegó el resto del grupo, sin el malagueño Hoces, que murió al norte de Italia. No cabían en la casita y tuvieron que buscar otra casa en el centro de la ciudad. Enseguida recibieron licencias para ejercer sus ministerios y empezaron a predicar en iglesias y plazas y a pedir limosna por las calles.

Pronto les rodeó una extraña atmósfera de infundios y calumnias: se cebaban en Ignacio, al que hacían fugitivo de la Inquisición española y fundador de una nueva orden no aprobada por la Iglesia. Tal descalificación echaba por tierra sus afanes apostólicos. Ignacio, paciente con otras humillaciones, no soportó esta y le dio cara ante el mismo Papa. Le relató sus procesos anteriores y pidió se abriera uno

nuevo. Parece increíble, pero es verdad: el tribunal nombrado por el Papa se componía de los que habían examinado a Ignacio sucesivamente en Alcalá, París y Venecia. Sus actas han sido descubiertas y editadas recientemente. Ignacio y su grupo salieron limpios de la prueba. Sus antagonistas acabaron malamente y varios de ellos cayeron en herejía. Como un signo más de favor, el Papa les encomendaba la catequización de niños de diversos barrios de Roma.

Ignacio podía celebrar su primera Misa en Santa María la Mayor, donde las reliquias del pesebre de Belén sustituían en algún modo a la Tierra Santa de sus anhelos. Poco después, el grupo entero se presentó al Papa y se puso a su disposición. Inesperadamente se les abrió un horizonte nuevo, cuando el doctor Gouvea, aquel que en París acusara a Íñigo de “seductor de estudiantes”, interesó al Rey de Portugal y este pidió a Ignacio algunos sacerdotes del grupo para evangelizar las Indias Orientales. Otros les animaban a ir a América. Algún día Paulo III dijo a Fabro y Laínez en un almuerzo: “¿A que, tanto desear ir a Jerusalén? Buena y verdadera Jerusalén es Italia si deseáis hacer fruto en la Iglesia de Dios”. Sí, Roma y todo el mundo era Jerusalén, porque en todas partes se podía encontrar a Cristo y servirle. La suerte estaba echada. No les guió la ambición de poder, sino el sentido de servicio.

Las tareas que se iniciaban y la disponibilidad ante nuevas misiones encomendadas iba a disgregar el grupo compacto, apenas nacido. ¿Seguiría cada uno la misión encomendada sin más vínculo con el grupo que el del afecto, o formarían un cuerpo de comunidad con su cabeza? Muy pronto otros quisieron adherirse al grupo. Era preciso deliberar y decidir. La decisión fue laboriosa y democrática, acompañada de mucha oración. En meses de reuniones de grupo fueron ganando escalones con claridad: seguirían unidos los que Dios había unido por medio de Ignacio. Tendrían una cabeza, una escritura y un modo de vida, similar al de una Orden, y se comprometían a entrar en ella si el Papa la aprobaba. Se impuso la conveniencia de que quien fuese cabeza lo fuese de por vida. Se apuró mucho en materia de pobreza y de disponibilidad. Ignacio redactó en cinco capítulos la

sustancia de todo; fueron aprobados por una comisión y más tarde de palabra por el mismo Papa. Fue el 3 de septiembre de 1539.

La Bula escrita de aprobación tardaría aún meses y no sin vencer dificultades. Una nube de recomendaciones llegaría de ciudades donde ya estaban actuando los iñiguistas: Parma, Siena y Bolonia. Por fin, el 27 de septiembre de 1540, Paulo III firmaba en el Palacio de San Marcos, junto a la actual Piazza di Venezia, la Bula fundacional. Entonces nacía oficialmente la Compañía de Jesús. Esta se presentaba como un camino para llegar a Dios. Todo resultaba misteriosamente extraordinario, pues era aprobada sin Constituciones y por ello mismo la primera tarea que imponía el Papa era la de redactarlas en grupo. ¿Cómo, si ya estaba disperso? Eran tan pocos, de tantas naciones y ya tan repartidos. En la primavera de 1540 Fabro y Laínez se hallaban en Parma y Piacenza, Bobadilla en Nápoles, Rodrigues en Siena, Javier partía para las Indias, Coduri y Salmerón iban a Escocia... ¿Cómo iban a redactar juntos las Constituciones? Se reunieron unos pocos en marzo de 1541; al fin, optaron por encomendar el asunto a Ignacio y a Coduri.

Un guía convertido en cabeza

Y no nos imaginamos que aún quedaba por dar un paso importante: el de elegir cabeza del instituto. Javier dejó su voto escrito al partir y era para Ignacio. Los demás se reunieron el 5 de abril, tras días de reflexión y oración, y eligieron todos a Ignacio, menos él mismo. Se conservan sus votos, llenos de emoción: “Él nos engendró en Cristo”, decía el de Salmerón. “Él fue, quien después de no pocos trabajos, nos congregó a todos”, decía Javier. Unanimidad, pues, por Ignacio; después de él, Fabro y Javier ¡los tres de la celda del Colegio parisino de Santa Bárbara, donde empezó aquella aventura! Ignacio resistió no poco y se resignó ante el mandato de su confesor. El 22 de abril, en San Pablo extramuros de Roma, se juntó el grupo, Ignacio celebró la Misa, hizo su profesión y tras él y ante él todos los

demás. Con un abrazo fraterno, “dieron fin a su profesión y vocación comenzada”. Casi sin darse cuenta Dios le había guiado por aquel camino que llegaba a una meta, una meta que era punto de partida. Desde ese momento Ignacio y su Compañía forman una cosa. El caminante tuvo que quedarse en Roma hasta su muerte, encerrado en un cuartito que todavía hoy podemos visitar.

Diez años de tanteos, de conquista uno a uno de aquellos hombres sin más fuerza que su palabra —su palabra de seglar— habían conducido a aquella nueva realidad de un grupo, ya más ancho, de sacerdotes unidos, aprobados por la Iglesia, con un abanico excesivamente ancho de actividades y una dispersión que no dio lugar a que cuajase la nueva familia. Prisionero de la nueva situación y totalmente consagrado a consolidarla, el Padre Maestro Ignacio ¡quién, si no! tenía que coordinar, dirigir, mandar, animar y forjar, discernir y decidir: todo desde aquel cuartito de Santa María de la Strada o del Camino. ¡Qué bella advocación para el gran caminante y para aquel puñado de apóstoles caminantes y siempre en movimiento por los más diversos rincones del mundo!

Algún tiempo le quedó, en aquellos años de encierro, para algunas actividades apostólicas. Sin organigramas precisos ni programaciones cerradas, fue respondiendo a necesidades imperiosas de la vida. ¡Signos de los tiempos, de sus tiempos! Dar calor y comida al tropel de gentes que acudió a Roma en un invierno cruel y duro. Catequizar a niños, que es un modo muy concreto de predicar en pobreza, esto es, lejos de prédicas solemnes. Ignacio maltrataba el italiano, pero todos entendían sus palabras convincentes cuando hablaba de amar a Dios *con toto il core, con todo el ánima, con tota la voluntá*. Había verdad en su mala sintaxis. Alguna vez predicó cerca de la Zecca vieja y los niños le tiraron manzanas, cosa que sobrellevaba con paciencia, sin inmutarse. También catequizó en Campo di Fiori, plaza hoy de un variopinto mercado. Ignacio acometió también problemas de los bajos fondos de la ciudad. Fundó la Casa de Santa Marta para acoger a las mujeres de la vida que quisiesen cambiar su existencia. Además fundó otra institución para acoger a doncellas y evitar que

cayesen en la mala vida. Prestó especial atención a la conversión de los judíos de Roma. Promovió la asistencia a niños huérfanos. Eran respuestas vivas a problemas vivos y en los que tuvo mano maestra para organizar y para enrolar a otras personas.

La naciente Compañía



ANAGRAMA DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS
Lugar: Iglesia San Fadele, Milan.



SAN IGNACIO DELANTE DE PABLO III, QUIEN APRUEBA LA COMPAÑÍA DE JESÚS
Lugar: Sacristía del Gesù. Roma. Siglo: XVII.

Pero la mayor parte de sus horas las consumió la entrega a la naciente Compañía que empezó a multiplicarse prodigiosamente. En los años que le quedaron de vida, la Compañía pasó de un puñado de doce a cerca de un millar. Los primeros fueron hombres maduros y universitarios, pero tuvo que aceptar la entrada de jóvenes atraídos por un ideal heroico. En pocos años la Compañía evolucionaría más que en siglos, atenta a las imposiciones de la vida. Mas a todos los forjaba en duro yunque, en la vieja y acrisolada experiencia de los hospitales, del tiempo de peregrinación, del constante estudio. Con gran realismo dicen que cortaba el traje “a tenor del paño”, esto es, ajustado al “metal y natural de cada uno”. Podía haber entre ellos ricos o pobres de origen, inteligentes o menos, pero todos habían de salir generosos y disponibles, recios de espíritu, resistentes a todo género de pruebas.



EL TRIUNFO DE SAN IGNACIO
Lugar: Museo de Bellas Artes, Orleans.
Autor: Claude Vignon

Uno a uno los iba forjando; cada uno contaría sus historias peculiares, y todos la gran bondad y dulzura de Ignacio. A un melindroso que aborrecía la suciedad le dijo un día que le vio salir de un sótano lleno de polvo y telarañas: “Así me gustas más”. Quería hombres. “El que no era bueno para el mundo, tampoco lo era para la Compañía”, solía decir. Todos le amaban entrañablemente y recordaban sus detalles, como el P. Manare: este recuerda las pláticas de Ignacio con los novicios sentados en su cuarto o en el huerto, sus visitas cuando estaban enfermos, sus palabras

graves, sólidas y eficaces, su capacidad de animar y consolar, de depositar confianza en los demás. Miraba por cada uno, era paciente y delicado, progresivamente exigente, sobre todo en punto de rectitud de intención, cumplimiento de normas, generosa disponibilidad. La imagen del Ignacio severo, déspota, dominador, es rigurosamente falsa, aunque algunos la hayan difundido; baste, para disiparla, esta confesión de uno de sus admiradores súbditos: “Este amor de nuestro

Padre no era flaco ni remiso, sino vivo y eficaz, suave y fuerte, tierno como amor de madre y sólido y robusto como amor de padre”.

El crecimiento prodigioso de la Compañía le aportaba consuelo, pero también sinsabores. Los santos no se ven libres de ellos. El ingreso en la Compañía de algunos jóvenes de familias importantes y en contra de la voluntad de sus padres le acarreó disgustos. La experiencia le enseñó que no era conveniente y decidió para el futuro no admitir a nadie sin expresa voluntad paterna. También le hizo penar la suspicacia de Venecia ante el Colegio jesuítico y no digamos la resistencia de París —de su París, en donde todo empezó— a admitir jesuitas. Los maestros romanos, por su parte, hicieron guerra al nuevo Colegio jesuítico, que enseñaba gratis: lo atacaban arteramente por otro lado, mas no tardó en ganarse a pulso los laureles de la competencia. Más difícil resultó el sostenerlo económicamente. Nacido sin un escudo de renta y sostenido por la generosidad del Virrey Francisco de Borja, que luego sería jesuita, quedó sin la ayuda prometida por el Papa, que murió muy pronto, y frente a la enemistad del Papa Paulo IV.

Ignacio contrajo enormes deudas, se vio amenazado de cárcel, sometió a sus Padres a la más austera vida —viernes y sábados pasaban con un huevo— y al fin recibiría algunas ayudas de España, pero él no conoció el patrocinio más decidido de Gregorio XIII en 1581 que haría que el Colegio se inscribiera en la historia con el nombre de “Universidad Gregoriana”.

Luchar por la subsistencia de obras creadas con gran entusiasmo es penoso, pero es más doloroso aguantar las embestidas de la incomprensión y del odio. El Arzobispo de Toledo, Martínez de Siliceo fue enemigo de la Compañía, como también lo fue el gran teólogo dominico fray Melchor Cano, quien no se recataba en ver en el nacimiento de la Compañía una señal de la venida del Anticristo y en propagarlo desde los púlpitos. También el dominico fray Tomás de Pedroche tachaba a Ignacio de Loyola, en una censura escrita, de hereje y fugitivo de la Inquisición, y a la Compañía de “cismática

y soberbia”. El vendaval de París aún fue más recio. El Parlamento anuló la concesión para fundar dada por el Rey Enrique II, el Obispo se mostró enemigo, y la Sorbona rebasó todos los límites al publicar un decreto en que declaraba a la Compañía peligrosa para la fe, perturbadora de la paz, destructora de las órdenes religiosas, nacida para destruir más que para construir. Ignacio no perdió la calma y no quiso impugnar el documento. Se limitó a pedir a príncipes, gobernadores y universidades certificados sobre la actuación de los jesuitas.

Tres deseos. Tres gracias

La Compañía marchaba, en medio de dificultades. Ignacio era un luchador que no se arredraaba ante estas. Solía decir que tenía pedidas a Dios tres gracias: la primera, la confirmación de la Compañía por el Papa. La había obtenido ya. La segunda era la aprobación por la Iglesia de los *Ejercicios Espirituales*. También la había logrado, por la Bula de Paulo III en 1548. Sorprendente aprobación, dijo alguno de sus enemigos y no le faltaba alguna razón, pues es muy rara una aprobación de un libro particular. Era lo que más quería en este mundo Ignacio de Loyola y, en definitiva, era el resorte de sus conquistas y de grandes conversiones espirituales. De hecho han pasado cuatro siglos y medio y siguen dándose *Ejercicios Espirituales* Ignacianos. Ha sido traducido a innumerables lenguas. Es su LIBRO. Pío XI lo calificó de código sapientísimo y universal para dirigir almas y alguno ha escrito que ha producido más conversiones que letras tiene. Y sin embargo... tú no serías capaz de leerlo, te parecería pesado y aburrido.

Ese pequeño librito lo fue componiendo paso a paso. Es fruto de la experiencia, de su experiencia. En él encontramos estilizado mucho de lo que pasó por el alma de Íñigo, en sus días de Loyola y Manresa y en otros tiempos. Su núcleo primero lo escribió en Manresa, ya vimos cómo lo entregó para su examen en Salamanca y París. En

sus pláticas a gentes sencillas en Alcalá explicaba algunos de sus temas. En París lo dio, uno a uno, a los que querían sus compañeros. Duraban un mes y eran solitarios. Son praxis, y teoría para una praxis, son pautas para ejercitarse. Ignacio quiere que, como él lo hiciera, cada uno se pare a pensar, razone consigo mismo, pida luz a Dios y se enfrente con las grandes cuestiones: Dios y yo. No hay en el libro retórica ni belleza literaria que nos encandile, sino un cuerpo de doctrina y, sobre todo, normas



INSTAURACIÓN DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS
Técnica: Óleo sobre Lienzo.
Lugar: México, Siglo: XVIII.
Autor: Juan Patricio Morlete Ruíz

de un expertísimo maestro de introspección, un gran conocedor de las mareas interiores del espíritu, de las invitaciones de la gracia y de los sutiles modos de resistencia que el hombre tiene.

Alguno le ha acusado nada menos que de matar la libertad del hombre. Es justamente lo contrario: un camino para intentar despojarnos de los condicionamientos de nuestra libertad, de ponernos en estado de indiferencia por encima de las sollicitaciones mundanas y de nuestros propios impulsos para situarnos ante Dios, como razón de ser y horizonte de nuestra vida, y frente a Él en estado de indiferencia, de búsqueda y de entrega generosa. El hombre ante Dios, tiene



GLORIA DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

Técnica: Óleo sobre tela. Lugar: Oratorio de San Felipe Neri. La Profesa, México. Siglo: XVIII.

74

que elegir, determinarse, decidir: y esto vale de los momentos graves y decisivos de la vida o de decisiones pequeñas. Son método y sistema, escuela de oración, fuente de libertad convertida en pasión con destino, instrumento de conversión. A su luz, muchos se han visto “renacer”, ser “hombres nuevos”.

El librito ignaciano fue editado en Roma en 1548, sin nombre de autor. ¿Para qué? Lo importante era la cosa. Los daba Ignacio

y sus compañeros y ya en vida de Ignacio se dieron acomodaciones, de pocos días, de algunos temas, etc... El prototipo son los Ejercicios de un mes. Ya en vida de Ignacio y en pocos años (1540-1556) el máximo especialista en la historia de los Ejercicios, P. Ignacio Iparraguirre, nos dice que cuenta con casi cien directores y otras tantas villas y ciudades europeas en que se dieron. Luego su implantación no hará sino aumentar. Es la gran herencia de Ignacio de Loyola. Por los Ejercicios sigue hoy presente y vigente en todos los rincones del mundo.

La tercera gracia: las Constituciones

La tercera gracia que quería ver cumplida Ignacio antes de morir era la aprobación de las Constituciones. El encargo de hacerlas recibido del Papa cuando aprobó la Compañía, le llevó el resto de sus días. Las fue haciendo a retazos y orando mucho. Por dos veces redactó las normas sobre la fundación de los colegios, luego hizo las referentes a las misiones encomendadas por los Papas, escribió las directrices sobre la pobreza, las constituciones sobre escolares o estudiantes, las normas de admisión, los ministerios de los jesuitas... Pieza a pieza, al dictado de luces sobrenaturales y de lo que enseñaba la experiencia, fue elaborando sus partes, que pasaban a revisión y aprobación de Laínez, Salmerón, Broet, Jay... En 1550 se llegaba a la primera compilación de conjunto. ¡Cuántas cosas habían pasado en aquellos diez años! En ese año fueron desfilando por Roma los primeros fundadores, menos Javier. El asunto llegaba a su fin. Hay que leer con mucha atención cada palabra de este monumento pacientemente elaborado para descubrir cómo Ignacio va dando forma a la institución a la que primero diera vida. Todo está muy pesado y pensando: la admisión de candidatos, sus formación, los estudios, los grados de inserción en la Compañía, el alcance de los votos, los campos de acción... al final nos traza la silueta del Preósito general.

Hay mucha norma, mucha experiencia condensada en esas páginas. Todo está salpicado de una expresión que nos lleva al tuétano de la fibra ignaciana: aquel valer más que le acuciaba en su juventud orgullosa, ahora se ha transformado en la búsqueda del mayor servicio de Dios, la elección de los campos que tengan más necesidad o estén en mayor peligro, donde más se fructifique, donde se logre bien más universal.... y para todo dando con las personas más aptas.

Cuando trazó los rasgos del que habría de ser Preósito general, Ribadeneira nos dice que “se dibujó al natural”, esto es, se retrató a sí mismo cuando trató de perfilar cómo debía ser cabeza de la Compañía. Veamos algunos trazos de este retrato: el Preósito General

debe ser muy unido con Dios nuestro Señor y familiar en la oración y todas sus operaciones, así será fuente de todo bien para todo el conjunto de la Compañía. Su ejemplo en todas las virtudes ayudará a cuantos le rodean; debe resplandecer en él gran amor a los demás, especialmente a los de la Compañía, y humildad verdadera que le haga amable a los ojos de Dios y de los hombres. Hombre libre de pasiones o, mejor, dueño de ellas, de juicio sereno, comedido en su exterior, concertado en el hablar, espejo y dechado para todos. Ha de saber mezclar rectitud y severidad, inflexible en lo que juzgue que agrada a Dios, y al mismo tiempo compasivo con sus hijos de manera que hasta los reprendidos y castigados reconozcan que procede rectamente en el Señor. Le es necesaria magnanimidad y fortaleza para sufrir las flaquezas de muchos, para cometer cosas grandes, para perseverar y vencer contradicciones; no enorgullecerse con los éxitos ni abatirse con los fracasos. Sería bueno si fuese hombre de gran doctrina, pero aún es más necesaria la prudencia, la madurez de espíritu, el discernimiento, el consejo, la discreción en el modo de tratar cosas tan variadas y personas muy diversas, dentro y fuera de la Compañía. Ha de ser vigilante y cuidadoso para empezar, decidido para llevar las cosas a su fin, sin dejarlas a medio hacer o imperfectas... Finalmente debe ser de los más señalados en toda virtud y de más mérito en la Compañía y más a la larga conocido por tal. Y si alguna de las partes arriba dichas faltase, a lo menos no le falte mucha bondad y amor a la Compañía, y buen juicio acompañado de buenas letras. En estas palabras dice Ribadeneira “se nos dejó como en un retrato, perfectísimamente sacado”. Por encima de todo esto él creía que la Compañía había nacido, no por medios humanos, si no inspirada y llevada por Cristo. Y por eso quería que también en adelante en Él sólo se pusiese toda esperanza. Dios conservaría lo que empezó. Hasta llegó a pensar que ya él era impedimento para la Compañía; quiso dejar el cargo y que se buscase otro que “mejor, o no tan mal, hiciere el oficio que yo tengo”. Claro que esto era imposible, pero ya desde noviembre de 1554 se nombró un Vicario General de la Compañía en la persona de P. Nadal y el secretario Polanco tuvo que trabajar

más y aligerar las preocupaciones del P. Ignacio.

Quiso demasiado. Quiso que sus hombres tuviesen el temple humano y espiritual que él tenía y quiso mantener tal espíritu en la prodigiosa multiplicación de casas y Padres a que asistió en pocos años. El Colegio Romano y el Germánico, las Universidades de Alcalá, Coimbra, Lovaina, Viena, las misiones o proyectos de las Indias, Etiopía, Brasil o el Congo, el sueño de fundar colegios en Chipre, Constantinopla y en

la amada Jerusalén. Por las cartas de Javier fue aprendiendo geografías extrañas: Goa, Cochín, Malaca, Ternate, Amboina, Yamaguchi, o nombres muy raros de Europa: Ingolstadt, Dillingen... ..



ALEGORÍA DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS COMO MADRE DE LAS CIENCIAS. (DETALLE)

Técnica: Óleo sobre lienzo. Autor: J. Ruíz Soriano

Lugar: Aula Magna. Universidad Pontificia de Salamanca, España.



GLORIFICACIÓN DE SAN IGNACIO
Autor: Andrea del Pozzo. Siglo: XVII. Técnica: Fresco.
Lugar: Iglesia del Gesù. Roma.

La vida vista desde la cima

Se iba sintiendo viejo y cansado. Al queridísimo Javier le escribe esta frase emocionante: “Para que sepáis que estoy vivo en la miseria de la triste vida”. También Javier le respondía desde Cochín: “Yo estoy ya lleno de canas”. Soñaba con volver a Europa y ver, antes de que se le muriera, a su idolatrado Ignacio, “verdadero padre mío”. Ignacio lo llegó a llamar, pero su carta llegó cuando ya había muerto Javier.

Es un santo que vive en Dios y por eso es un gran orante. A pesar de su decrepitud, él sustenta la Compañía con su oración, su ejemplo, su trabajo. Mas ya se siente viejo y los viejos, por tener un largo pasado, viven de recuerdos. Le gustan las castañas. ¡Quién sabé qué recuerdos de infancia le traen! Los viejos suelen repasar su vida como si fuera una película de imágenes vivísimas. Brotan

en ellos con luz muy viva pasajes y paisajes de su vida, sobre todo la de los primeros años. Con más horas para el silencio y el ocio que en años anteriores, acaso más de una vez se sorprende a sí mismo imaginando y viendo el Izarraitz y el Pagotxeta, las estancias de su casa, la Azpeitia de su niñez o la de su paso como peregrino-mendigo, la despedida de su padre, los cuidados solícitos de doña Magdalena cuando estuvo herido...

Las secuencias de la película de su vida le asaltan y ocupan su atención. Ve con claridad la mano de Dios sobre su destino, y no sólo en el gran quiebro de su conversión, sino en tantas ocasiones más, hasta en minucias insignificantes. Todo está encadenado y trabado por una mano invisible. Ya el hecho de vivir y haber llegado a la ancianidad es un milagro. Porque... si hubiera muerto en Pamplona o semanas más tarde en Azpeitia o en Manresa, o en el viaje a Tierra Santa, o cuando lo cogieron los franceses viajando por Lombardía, o cuando estuvo a punto de despeñarse en los Apeninos... todo hubiera sido distinto.

Mas también los pequeños pasos de la vida ya hecha se le revelaron providenciales: si se hubiese quedado en Barcelona, o se hubiese convertido en un estudiante normal en Alcalá o Salamanca; si no hubiese ido a París y allí hubiese topado con Fabro, con Laínez, con Javier; si hubiese habido nave para Jerusalén ¡ay! en aquel único año del siglo en que no pudo haberla... también hubiese sido todo muy distinto.

Es verdad que tantos momentos se planteó de cara a Dios el *quid agendum*, qué había que hacer. Ahora veía claro que en sus decisiones había cubierto un camino programado por otro. Respondiendo en cada instante, llegaba al término de un camino, un camino, el suyo, que misteriosamente se había convertido en camino para otros, para sus hijos de la “mínima Compañía” que parecía crecer y afianzarse. Hemos andado como quiera, decía algunas veces pensando en el pasado del grupo, en los años de heroicidades y bohemia. Hasta los

ataques y las dificultades eran para él pruebas de Dios y no le hacían perder la calma.

Un monje diría, recalcando su pequeña estatura: que todo lo soportaba “aquel hombrecito de Dios, que tenía paciencia”.

Una prueba inesperada

Su paciencia tuvo una última prueba que soportar, la más profunda y dolorosa. Alguna vez había dicho, él hombre recio y libre de desaliento, que la única cosa que le podía dar melancolía o tristeza en esta vida era que un Papa deshiciera la Compañía. Y aún con esto —añadía— pienso que si un cuarto de hora me recogiese en oración, quedaría tan alegre como antes. Le costaba aceptar esa posibilidad porque creía firmemente que era Dios quien había suscitado la Compañía, más que él mismo. Y por eso, si Dios disponía otra cosa, se rendiría ante sus designios.

Aquella sombría suposición sobre un posible Papa adverso cobró más cuerpo cuando entró dentro de lo probable el acceso al Papado del Cardenal Caraffa, aquel hombre cofundador de unos clérigos reformados al que conoció en Venecia, sin entenderse con él. No es que pensara que podía hacer desaparecer a la Compañía, mas sí que la “deshiciera” de alguna manera, si se empeñaba en obligarles a la oración coral, rompiendo con ello el estilo de la Compañía. De cara al cónclave, Ignacio mandó a los suyos que rezasen intensamente para que siendo igual servicio de Dios, no saliese Papa quien mutase lo de la Compañía, por haber algunos papables de quien se temía la mutarían. Y tal salió, a pesar de las oraciones. Cuando llegó la noticia de la elección de Caraffa, que tomaría el nombre de Paulo IV, dicen que se alteró notablemente el semblante y se le estremecieron los huesos del cuerpo. El Padre Maestro Ignacio, el contenido, sereno, siempre igual, se levantó, sacudido en lo más hondo de su ser, se retiró a la capilla a orar y salió poco después transformado y sereno, aceptando lo irremediable. Cumplía con ello su propia autoprofecía. Luego se

dirigió a toda la Compañía por medio de su secretario pidiendo oraciones por el nuevo Papa, de quien dice demasiado generosamente que siempre había sido amigo de la Compañía.

Su fidelidad al Papado seguía en pie, pero el horizonte presentaba con nubarrones. Luego las cosas no fueron tan negras como se temió. En realidad, Paulo IV le tenía respeto al P. Ignacio, al que llamaba el Prepósito viscaíno (sinónimo de vasco). Mientras su antecesor, Marcelo II, había prometido ayudar generosamente a Ignacio en sus obras... y en sus deudas, pero sólo vivió tres semanas, el sucesor Paulo IV nunca le dio un ochavo y le hizo ese fino modo de desplante que es mostrar más atención a los compañeros, a Bobadilla, a Salmerón y Olabe, o a Laínez, al que preparó un cuarto en el Palacio pontificio que no llegó a usar. Pero no llegó a querer cambiar la Compañía en vida de Ignacio. Lo intentó hacer después que este desapareció, pero moriría poco después y su intento murió con él. Jamás dijo Ignacio una palabra contra el Papa



“PATROCINIO DE LA VIRGEN DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS”
Técnica: Óleo sobre lienzo. Autor: Miguel Cabrera. Siglo: XVIII
Lugar: Tepotztlán, México.

que no le amaba y en sus últimos momentos tendría un gesto muy significativo. Así cumplió su famosa máxima de sentir con la Iglesia de una manera tensa, desnuda, incómoda y dolorosa. Fue la noche oscura de sus últimos años.

Quieto en una pequeña celda



APOTEOSIS DE SAN IGNACIO DE LOYOLA

Técnica: pintura mural. Autor: Domingo Martínez. Año: 1743
Lugar: Iglesia de San Luis de los Franceses Sevilla, España.

Junto a la vieja casita de Santa María de la Strada, pudo poner la primera piedra a una iglesia que con el tiempo sería monumental. Nada menos que Miguel Ángel se ofreció a dirigir las obras. Una guerra inoportuna, con la carestía que le acompañó, paralizó la construcción que se terminaría a fin de siglo. Es el famoso templo del Gesú de Roma, donde está enterrado San Ignacio, bajo un altar rico y esplendoroso. Mas, antes de ser enterrado, es preciso morir.

El anciano sedentario sale esporádicamente a la ciudad. La monotonía de sus días la rompen los jesuitas de paso, con sus noticias. Los suyos le ahorran trabajo, le dosifican las visitas, le filtran noticias y preocupaciones. Es como una reliquia viva conservada, casi arrinconada. Es austerísimo en la comida; no pide nada ni se queja de nada.

Hace como que come, se entretiene comiendo migajas de pan. Duerme poco, pasea de noche por la celda; a veces sube calladamente a la azotea. En pie y quitado el bonete, está quieto fijos los ojos en el cielo; a veces se arrodilla o se sienta en un banquillo y frecuentemente derrama lágrimas hilo a hilo. ¡Qué sentirá el Padre Ignacio! Muy raras veces le proporcionan un gusto secreto: la música. El Padre Frusio, del Colegio Germánico, tocó para él cinco veces el clavicordio. Era una afición escondida, enterrada. De joven, en Arévalo, llegó a tocar la vihuela. Cuando en Roma entraba en una iglesia donde escuchaba polifonía, se quedaba embebecido. Alguna vez llegó a confesar: “Si hubiera seguido mi gusto... no habría desterrado la música, el rezo cantado, de la Compañía”.

Los suyos se complacen en satisfacer algunas veces otro gusto secreto: “La fiesta que a veces le hacíamos era darle cuatro castañas asadas, que, por ser fruta de su tierra y con la que se criara, parecía que holgaba con ellas”. ¿Cómo sabía el fino observador que Ignacio se crió comiendo castañas asadas sino porque él mismo les evocara en alguna ocasión estos recuerdos de primera infancia? Todos se confabulaban para que sus años últimos fueran tranquilos. El P. Nadal, que adoraba a Ignacio, nos dice: “La cosa que más debemos procurar todos es que nuestro Padre esté en ocio”. Claro que él entendía que el ocio de Ignacio, “como es tan familiar y unido con Dios, sustenta y tiene en peso toda la Compañía”. Todo esto contribuye a que nos vayamos formando el retrato de Ignacio: está calvo, tiene barbilla, nariz aguileña, pómulos salientes y un color cetrino por su dolencia de hígado. Sus ojos, antes vivos, están quemados de tanto llorar, pero dicen que su mirada parece penetrar el alma. Todos lo veneran y lo aman, cada uno se siente peculiarmente amado por él.

Todo parece amor... es universalmente amado de todos, no conoce ninguno de la Compañía que no le tenga grandísimo amor y que no juzgue ser muy amado del Padre. Era en su conversación, siempre sosegada, un maestro de contagiabile seguridad y fuerza, despertaba espacios de libertad. Y con todo, era siempre contenido. Él mismo dijo alguna vez que quien medía su amor con lo que él mostraba, se engañaba mucho, y lo mismo en el desamor o mal tratamiento. No es hipocresía o falsedad, se apunta con esas palabras una realidad más profunda que todas las apariencias o manifestaciones exteriores, un cierto fondo de misterio en persona y vida.

Los afanes de los últimos años

Mientras los suyos siguen sus viejos pasos y caminan —o navegan— por los caminos y mares del mundo, él se pasará los quince últimos años de su vida encerrado en su celdita, sin salir de Roma más que cuatro veces y ellas para viajes cortos. Por cierto, que una de las veces que se disponía a salir, llovía a cántaros y quisieron disuadirle de emprender el viaje. Fue el 12 de noviembre de 1552 y tenía, por tanto, más de sesenta años. Iba a poner remedio en la desavenencia matrimonial entre Ascanio Colonna y doña Juana de Aragón, y a visitar a ésta en Alvito, cerca de Nápoles. La contestación que diera a su acompañante, el fiel secretario Polanco, es memorable: “Vamos luego; que treinta años ha que nunca he dejado de hacer a la hora que me había propuesto negocio de servicio de Dios por ocasión de agua, ni viento, ni otros embarazos”. Ese era el hombre. Quería que los suyos fuesen así.

Su mínima Compañía, como él la llamaba, se fue extendiendo; sus hombres se movían por Europa. Por poner un ejemplo, podemos seguir los viajes de Pedro Fabro en pocos años: Worms, Spira, Maguncia, Amberes, Portugal, Colonia, Evora, Valladolid, Roma, donde murió agotado cuando se disponía a ir al Concilio de Trento. Laínez se mueve por Venecia, Padua, Brescia, Roma, Bassano, Trento,

Florenia, Sicilia, Génova... Salmerón andará por Nápoles, Roma, Trento, Ingolstadt, Alemania, Polonia... Bobadilla tiene un palmarés más agitado aún: Ischia, Nápoles, Innsbruck, Viena, Passau, Praga, Worms, Bruselas, Augsburg, Roma, Nápoles, Ancona, la Valtelina, Dalmacia... Y ¿quién contará los miles de kilómetros del infatigable Javier en el Oriente?

Más que planificar personalmente, Ignacio de Loyola responde, con los suyos, a los requerimientos del Papa o de otros. A veces manda lo imprevisible. Quiere que los suyos estén preparados para todo, con alegre generosidad. Al risueño Hermano Coster le dirá algún día: “Reíd, hijo, y estad alegre en el Señor, ya que un religioso no tiene ninguna razón para estar triste y tiene mil para alegrarse”.

Una vez forjados, se fía de los suyos, y es capaz de mandarlos, sin comunidad, con un solo compañero y hasta solos. Preparados para todo... menos para enredarse en asistencia espiritual a monjas, para ser obispos, y menos aún, cardenales. Tuvo que luchar para evitarlo y movilizar todos los recursos, cuando le amenazó la que él llamaba “la tribulación de los obispos”. También dijo no a un hábito propio, al canto solemne y al oficio coral, a las penitencias usuales en conventos de mendicantes, a largas horas de oración que restaban tiempo al trabajo.

Aquella Compañía tan dispersa y repartida le exigió un esfuerzo gigante de gobierno. Sus cartas e instrucciones, numerosas, ricas en hondura psicológica, van marcando las pautas del actuar en los más distintos ministerios y lugares. Es detallista en extremo y tiene sentido de adaptación: hablar poco y tarde, oír largo y con gusto... Para tratar con grandes, mirar de qué condición sean y hacerse de ella... No ser grave con los coléricos... Pensar que todo lo que se habla, puede hacerse público. Ser liberales de tiempo. Cumplir hoy lo que se prometió para mañana... Ganar el amor, para hacer mejor las cosas.

Estas cautelas y la prestación generosa hasta el agotamiento, producirán grandes frutos. Iban al fondo del hombre y de las cosas.

Sabían consumir el día entero confesando, apenas con tiempo para comer. Su espíritu de servicio será contagioso: en Faenza un doctor en leyes se compromete a ser abogado gratuito de los pobres, un médico a atender a los necesitados y vestir a los más miserables, otros a visitar enfermos.

Junto a las instrucciones, Ignacio consume sus horas leyendo y escribiendo cartas. Alguna noche llegó a expedir doscientas cincuenta. La carta era un sucedáneo de la compañía, de la proximidad. Por eso quería que los suyos le informasen de todo y él se encargaba de dar cuenta a la Compañía de las actividades y dificultades de los hermanos. En las cartas aconseja, narra, exhorta, planifica, resuelve asuntos, reafirma principios. En ellas nos devela sus aspiraciones, sus motivaciones, sus modos concretos de decidir, el peso que pone en cada palabra. Si la Compañía había de ser una “sociedad de amor”, como la definía Javier, había que mantener la cohesión y el amor mutuo a través de las cartas. Ellas traían y difundían la vida de la Compañía. A los remolones en cumplir con esta obligación, los espoleaba con el propio ejemplo: “Y si algunos están ocupados en la Compañía yo me persuado que, si no estoy mucho, no estoy menos que ninguno, y con menos salud corporal”. Javier le escribirá desde muy lejos unas cartas entrañables que terminan con despedidas emocionantes: “Padre mío en las entrañas de Cristo único”, “vuestro hijo”. Léa de rodillas las que recibía de Ignacio, cuya firma llevaba colgada al cuello como un amuleto, y lloraba al leerlas. ¡Cuál no sería su emoción al leer esta despedida en una carta del contenido Ignacio: “Todo vuestro, sin poderme olvidar en tiempo alguno, Ignacio”!

Abre la caja de los recuerdos

Precisamente en estos últimos años, ya próximo a la muerte, rompió la coraza de su discreción y mutismo, e hizo a la Compañía —y a nosotros— un regalo singular. Muchas veces le habían pedido sus compañeros que les narrase los pasos de su vida y de su conver-

sión, por considerarlos patrimonio de la nacida Compañía. Ignacio se resistía a ello.

Un día charlando con un joven jesuita portugués en el jardín, abrió un poco la espita de sus recuerdos y confidencias y poco más tarde prometió a todos en la mesa satisfacer su deseo. Es verdad que luego se hizo remolón y fue retrasando la hora de cumplir la promesa. Mas la cumplió, si bien a retazos.

El privilegiado receptor de aquellas singulares confidencias fue el portugués Gonsalves de Cámara, quien recuerda como un hito el día y hora en que Ignacio empezó a abrirle su alma y sus recuerdos: “el año de 53, un viernes, a la mañana, 4 de agosto, víspera de Nuestra Señora de las Nieves, estando el padre en el jardín” ...Ese fue el día de la primera confidencia y de la promesa. A fines de mes y primero de septiembre se inició el gran relato. Ignacio fue un singular narrador: “El modo que el padre tiene de narrar es el que suele en todas las cosas, que es con tanta claridad, que parece que hace al hombre presente todo lo que es pasado”. Gonsalves escuchaba encandilado y luego inmediatamente se ponía a escribirlo en su celda, procurando utilizar las mismas palabras que había oído.

El relato no es una novela ni una crónica, sino que tiene por objetivo contar cuanto por su ánimo había pasado. Íñigo revive —vuelve a vivir el camino hecho— y acaso descubre, entonces, los vericuetos por los que Dios le ha llevado. Filtra su propia vida desde la óptica de las misericordias de Dios con él, como lo hicieron San Agustín en sus *Confesiones* y Santa Teresa en su *Vida*. Contó sus travesuras de mancebo clara y distintamente con todas sus circunstancias, pero el relato hoy conservado se inicia con el momento del descalabro de Pamplona y la conversión y concluye con la llegada a Roma, esto es, los veinte años de una extraña aventura que desembocó en el carril romano. Desde este instante la historia era común y compartida, transparente, al menos en lo exterior. Es la llamada *Autobiografía*, en cuanto relatada por el propio Ignacio. Una joya de la literatura espiritual, cuyas palabras sobrias están muy pesadas por su autor y

deben ser igualmente sopesadas por el lector. Con este descargo de su alma, terminado en 1555, Ignacio podía despedirse de la vida. Coronaba la aventura de un pobre cristiano (Ignacio Silone).

El declinar de una vida

El declive de su salud se hizo más visible en 1556. Ya no tenía razones para vivir, sí para seguir trabajando hasta el último aliento. Las molestias de su calculosis biliar se hicieron más insistentes, le aquejó una fiebre cilla, tuvo que dejar de celebrar la Misa algunas veces, trabajaba sólo por las tardes. Seguía, en lo posible, todo. En los siete últimos meses dictó unas setecientas cartas. La última es del 23 de julio. Sabemos los problemas que lo ocupaban; el retoque de las *Constituciones*, los problemas económicos de muchas casas, la amenaza del turco, la creación de la Provincia de Alemania, la compra de buenos tipos para montar una imprenta, la ampliación del Colegio Romano, el despego de Bobadilla y la actitud recalcitrante de Rodrigues, dos de los primeros compañeros, etc...

A primeros de julio dejó su casita para pasar a una finca más fresca llamada La Viña, pero volvió pasada la fiesta de Santiago. El 29 pidió la visita del médico. A pesar del calor reinante, se le aplicó una cura de mantas y ventanas cerradas, que aumentó el sudor y desfallecimiento. Fue un enfermo silente y disciplinado. A las cuatro de la tarde del 30 de julio, aprovechó una ausencia del enfermero para encomendar a Polanco secretamente una misión alarmante: la de acudir al Papa Paulo IV para decirle que Ignacio estaba muy al cabo y casi sin esperanza de vida temporal, y suplicarle su bendición. Era todo un gesto de comunión con la Iglesia real y verdadera, y con su cabeza en concreto. El hombre menos exagerado y teatralero, decía sin aspavientos: Yo estoy que no me falta sino expirar. El fiel Polanco no creía lo que oía, tenía que expedir cartas y los médicos le tranquilizaron al respecto. Ignacio, insistente, se abandonó en manos de sus cuidadores: “Yo holgara hoy más que mañana o cuanto

más presto, pero haced como os pareciere”. Después de todo, lo importante no era su opción, su voluntad. Se remitía sencillamente a Dios, al Papa, a la voluntad de los demás... renunciando a sí mismo y a su propia voluntad y deseo.

Aquella noche estuvo algo inquieto. El hermano enfermero le oyó una palabra, en el silencio de la noche: “¡Ay, Dios!”, “Jesús”. Gemido, súplica, abandono, rendición suprema, esperanza. Al alba, lo encontraron en trance de expirar. Polanco corrió al Vaticano, pero llegó tarde con la bendición del Papa. “Murió al modo común”, apunta un testigo. Ignacio moría con desnuda muerte intrapersonal, solo, sin teatro, sin lágrimas de sus compañeros, sin pláticas de última hora. Se le hizo la autopsia y se descubrieron cálculos y más cálculos, testigos mudos de sufrimientos ocultados. Sus pies aparecieron llenos de callos, criados en todos los caminos de Europa, para ayudar a las ánimas, una a una, por el peregrino amigo de caminar, solo y a pie.

Palabra y acción

Este fue el hombre. No fue hombre de libros. Le acompañó siempre uno, al que llamaba la perdiz de los libros espirituales por lo sabroso y fue el *Kempis*. No fue intelectual, ni siquiera un estudioso, no le atraían las especulaciones o las fogosas disputas de su tiempo. No le gustaba la controversia; prefería afirmar, no discutir o combatir. Y sin embargo fue el fundador de una Orden que se distinguiría por el número de sus hombres sabios, especulativos y controversistas.

El fuerte de Ignacio de Loyola fue la desnuda palabra y la acción. Con la palabra llegaba a los hombres, a los problemas personales, a las cosas concretas. Esperaba más de las vivencias personales que de los libros y las lecturas. Su arma en la conquista de cada hombre fue su palabra desnuda y clara, dotada de enorme fuerza. Hablaba poco, pero de pensado. Y cuando hablaba, no exageraba, le sobran adjetivos

y superlativos, utiliza sustantivos, y no sabe lo que es una palabra ociosa, inútil o vacía. Para él la palabra es compromiso: por eso narra sencillamente, sin ornato ni retórica, o sugiere directamente, y cumple la palabra que da. Es siempre dueño de lo que dice. Nunca, desde su conversión, dijo una palabra injuriosa o simplemente despectiva, de nadie. El autocontrol de su lengua es absoluto. Piensa mucho lo que dice, a quién lo dice y cuándo lo dice. Por eso sus palabras son como reglas, según un coetáneo.

No fue nunca profesor u orador rimbombante, pero nada más que con sus palabras simples ganó definitivamente a los hombres. Su conversación era un arte, no exhibición de artificio, sino comunicación y diálogo profundos, interpelantes. No monologa, dialoga. Antes de nada, escucha con todo su ser; acaso pregunta, hace hablar al otro y sabe detectar el alcance de lo que se le dice y aun de lo que no se dice pero se esconde en el corazón. Persuade, lenta pero definitivamente, convence, casi subyuga. Cerca, acorrala, generalmente vence toda resistencia; no imponiéndose, sino haciendo brotar del otro la respuesta buscada, ayudando a su libertad, desnudándose y desnudando al otro de artificiosa insinceridad, buscando la transparencia radical del espíritu. Por eso le repelen los exagerados y fantasiosos, los dicharacheros y ligeros, los insinceros, los incumplidores de la palabra dada, los murmuradores. Son su antítesis: son los falseadores de la palabra. Él es directo y sencillo, dice cosas, sin adorno, con las palabras justas. Es grave y nunca habla precipitadamente; pero no es solemne ni se regodea en lo que dice o en el modo de decirlo. Le disgustan los que hablan asertiva, pontificalmente; les llama decretistas. Y cuando es escrita, es doble palabra.

Escribe con la seriedad de un escribano de sí mismo, cuida y matiza cada término, corrige sin cesar, lo mismo cuando escribe las *Constituciones*, que cuando se dirige a reyes, a una buena mujer, o a un hermano. Hay que leer sus cosas con morosidad y calma, en voz alta, otorgándole el tiempo que él otorgó al escribirlas. No figura en antologías literarias, pero Roland Barthes le ha dado título de verdadero escritor y maestro en la comunicación. Está entero en lo

que escribe. Es muy vasco en este culto a la palabra, sustancia de la persona, en cierto modo la persona misma, frente a un tú, que también es persona y tiene su palabra.

No posemos pieza oratoria suya, ni siquiera catequética. La forma debía ser elemental; la fuerza, absolutamente singular, por la convicción personal que ponía en sus palabras. Donde fue maestro era en el diálogo interpersonal o íntimo, en la comunicación profunda, en el trance impregnado de autenticidad que dejaba en los interlocutores huella imborrable e inexpressable. Tales logros que hacen historia y pueden ser definitivos en las biografías de muchos, no dejan más señal que sus efectos y el recuerdo cálido.

La prosa de la vida diaria la componen las palabras cotidianas: el mandato, el ruego, el consejo, la exhortación, la corrección. Ignacio no da muestra alguna de ingenio ocurrente, pero sabe reír cuando al término de una frugalísima comida, alguien reprocha al sirviente: “Hermano, ¿traéis palillos cuando no hemos ensuciado los dientes?” No le gustan el grito, la risa descompasada, la desmesura, la crítica; pero le gusta la



“GUIRNALDAS DE FLORES RODEANDO A
MARÍA CON EL NIÑO JESÚS Y SAN IGNACIO
Autor: Daniel Seghers y Erasmus Quellinus II. Siglo: XVIII
Lugar: Hamburgo Kunsthalle

alegría en el propio quehacer y en la propia vocación. Jamás critica a nadie, exculpa faltas ajenas, se resiste a creer el mal que le dicen de otros.

No perdió los buenos modales que aprendió en Arévalo; era exquisito y delicado, lo mismo tratando a un magnate que al más humilde novicio. Era el hombre más cortés y comedido en cuanto a lo natural, dice quien le conoció de cerca. Mas su cortesanía no era bambolla, huera e insincera, correspondía a la sencillez de los hábitos sociales de la época de los Reyes Católicos. Inculcó a los suyos el trato cortés unido a la sencillez, y poco a poco los iba despojando de sus títulos. El jesuita vitoriano —aquel muchacho que le diera limosna en los tiempos de Alcalá— será primero el señor doctor Olabe, luego el doctor Olabe y, al final, Olabe a secas. A Felipe II se dirige con sencillez: “mi señor en el Señor Jesucristo”.

Hombre de voluntad

La palabra... y la acción. Y como motor de esta, la voluntad. Es el rasgo más típico de Ignacio. Al vasco más que ser le importa estar, saber estar, pero no entiende el estar como indolente abandono, sino como respuesta al entorno y a la vida, como actuar, como voluntad de acción. Ser es querer, decidir, actuar. En Ignacio los mecanismos de la decisión son complejos: aun en las acciones aparentemente improvisadas, ha precedido una decisión que responde a una reflexión madura. Piensa a fondo, rápida o lentamente, antes de decidirse. Deja en los demás la impresión de que siempre “se mueve por razón”. Por eso, una vez decidido —promesa o decisión— cumple con fidelidad entera. Su tesón y constancia en lo grande o en lo mínimo se hicieron legendarios. Quedó como proverbio definitorio la frase del Cardenal Carpi en una ocasión significativa: “ya ha fijado el clavo”. Cuando Ignacio empeñaba la voluntad era muy difícil desclavarla.

No es un irrealista o alocado; mas, decidido a algo, palpa el futuro como si fuera presente: “Como el Padre se determina en que se haga una cosa, cobra tanta fe como si tuviese con qué lo hacer presente”. Pero cobra fe para la acción, para el compromiso, no para el ensueño. Es a la vez paciente y activo, capaz de hacer antesala en casa de un Cardenal un día entero sin acordarse de comer. Es ingenuamente providencialista y concienzudamente racional. Su actitud de fondo la compendia una frase, formulada de diversas maneras, pero cuya sustancia es inequívoca: “Confiar en Dios, como si todo dependiera de Él”. Trabajar y poner medios humanos, como si todo dependiera de nosotros. De cara a la acción, su voluntad, desde siempre, es magnánima; no le arredra lo difícil, lo imposible. El viejo principio del valer más, incrustado en su sangre y en su estirpe, cambia de horizonte en una purificación progresiva: primero fueron el honor y el renombre... luego las grandes hazañas del converso... al fin, la mayor gloria de Dios. No conoce el miedo, pero no es alocado o imprudente. El tesón, tras la reflexión madura, es el secreto de sus logros: primero sobre sí, luego sobre los demás: nunca emprendía una cosa que no la terminara, o nunca pidió nada a los Papas, que no consiguiera. Dentro de la hipérbole se encierra una gran verdad, acaso más llanamente expresada en esta frase, y no se deja fácilmente mover.

La lucha y las tribulaciones lo fortalecen, devuelven fuerzas a su salud precaria. Más aún, desde otro ángulo superior, cree firmemente que donde surgen muchas contradicciones, hay que esperar gran fruto espiritual. Resiste las pruebas sin una queja. Resistió un día la “carnicería” del cirujano en Loyola. Durante gran parte de su vida, los espasmos de *litiásis biliar*. Algún día, el dolor que le causó un hermano que, por querer coserle un paño en torno al cuello, le atravesó la oreja con la aguja. También resistirá sin lamentos el dolor es-piritual que le cause el estado moral de la Iglesia de su tiempo.

Los que le tratan de cerca admiran en él su serenidad radiante, su igualdad de ánimo. Siendo un colérico, parece imperturbable. No es insensible, es “Señor de las pasiones interiores”, como le

define Cámara. Ribadeneira subraya lo mismo con más expresividad: “siempre estaba de un tenor, con una uniformidad perpetua e invariable”. Los vaivenes de su salud no afectaban a la serenidad de ánimo con la que dominaba todas las situaciones: Para alcanzar una cosa del Padre —prosigue Ribadeneira— lo mismo era tomarle acabando de decir la Misa o de comer, o levantándose de la cama o de la oración, después de una buena o triste nueva, que hubiese paz o que el mundo se hundiese. Y en esto no había que tomarle el pulso, ni que mirar el norte, ni que regirse por carta de marear, como ordinariamente acaece en los demás que gobiernan, porque siempre estaba en sí y sobre sí; y así, estando comiendo o conversando con toda suavidad, si a alguno de los presentes se le soltaba alguna palabra menos recatada y circunspecta, luego se mesuraba el Padre con tal semblante de rostro, que bastaba verle para saber que había falta, aunque muchas veces fuese tan pequeña que los mismos que habían faltado no cayesen particularmente en ella.

Este hombre sereno, infatigablemente activo, irradia, contagia, suscita actitudes activas en sus seguidores. Se ha tratado de resumir la esencia del jesuita en la frase *in actione contemplativus*, pero hay que poner mayor énfasis en la primera parte del binomio, en la acción. Siendo fundamentalmente activa, la Compañía no es despliegue anárquico de acción, sino suma de acciones insertas en una institución. De ahí la importancia de la obediencia. El nolo y el volo —quiero, no quiero— no tienen cabida en la Compañía. Está en ella con los dos pies quien practica la obediencia de voluntad y entendimiento, esto es, una cordial y total aceptación de lo mandado. A Ignacio le gusta más sugerir que ordenar, y que sea suficiente la sugerencia. Quiere hombres que sepan mandar y que sepan obedecer.

Mas no hagamos de Ignacio la estatua del voluntarismo y de la actividad. Ignacio es un santo, un místico, un gran orante, un hombre llevado por fuerzas que le son superiores, atento siempre a las inspiraciones del Espíritu que percibe en su alma y en las de los demás. Su famoso discernimiento de espíritu, más que maravilla de cálculo y ponderación, es una fina sensibilidad para dejarse alum-

brar, para detectar las incitaciones de Dios en uno mismo... y en los demás, porque nadie tiene el monopolio exclusivo del Espíritu, que sopla donde quiere y por ello exige flexibilidad incondicional. Ignacio es un oyente de la Palabra, de una palabra interior, rubricada por el gozo y la paz, más que de la palabra material de la *Biblia*. Su máxima aspiración es la de sentir internamente, lo demás se nos da por añadidura.

La estela

Los barcos dejan una estela de su paso en el mar; los aviones, en el cielo; los caminantes, en el desierto. También los hombres dejan una estela en la historia. La de San Ignacio es extraordinaria. Su “mínima Compañía” cuenta hoy con unos 25.000 jesuitas, dispersos por todo el mundo.

La historia de la familia Loyola ha sufrido grandes tormentas y hasta eclipses en sus cuatro siglos largos de historia. A pesar de todo, ha sido fecunda en santos. Se acercan a los doscientos los santos y beatos de la Compañía. Muchísimos de ellos son mártires. Siendo todos jesuitas ofrecen una gran variedad. A los primitivos o fundadores —San Ignacio, San Francisco de Javier, Beato Fabro— siguen San Francisco de Borja, Pedro Canisio, el Cardenal Belarmino, los jóvenes San Luis Gonzaga, San Estanislao de Kostka y San Juan Berchmans, el apóstol de los esclavos negros San Pedro Claver, el misionero San Francisco de Regis, los mártires del Japón San Pablo Miki, San Juan de Goto y San Diego Kisai, los mártires canadienses San Juan de Brebeuf y compañeros, los mártires londinenses Edmundo Campión y compañeros... Entre los beatos se cuentan el gran apóstol del Brasil José de Anchieta, los 39 mártires del Brasil capitaneados por Ignacio de Azebedo, los 32 mártires del Japón con Carlos Spinola, Pablo Denn y sus compañeros mártires de los Boxers en China, Vicente le Rousseau y sus veintidós compañeros mártires de la Revolución Francesa, el místico Padre La Colombière... y el humilde portero de Deusto, nuestro beato Hermano Gárate.

Una quinta parte de todos los jesuitas son misioneros. Asia y África emplean a la mayor parte. Más de la mitad de los jesuitas en formación pertenecen al llamado Tercer Mundo. Están en más de cien países. El campo de la enseñanza ha sido tradicionalmente uno de los preferidos de la Compañía. Hoy enseñan en 24 Universidades eclesiásticas y 31 civiles, en casi medio centenar de Centros de Estudios Superiores, en medio millar de Centros de Enseñanza Media y Profesional y en otro medio millar de Centros diversos. Tienen 50 editoriales y editan una media anual de 5.000 títulos. Cuentan con cerca de 800 revistas. Llevan 35 emisoras de radio, y entre ellas la Radio Vaticana, y 7 cadenas de televisión, entre las que destaca la de Taiwan. Su presencia en el campo de las ciencias ha producido nombres como los de Ricci, Kircher, Boskovitch, Saint Vicent, José de Acosta, Zaragoza, Rodes, Romañá, Pujula, Teilhard de Chardin, etc...

Además de la familia jesuítica estricta, el espíritu ignaciano ha inspirado a lo largo de los siglos la espiritualidad de otras muchas órdenes y congregaciones. Y sobre todo, a través de la práctica de los Ejercicios Ignacianos, vigente en nuestros días en los cinco continentes, ha enseñado a millones de hombres a pararse a pensar, a razonar consigo mismo, a abrirse generosamente a las invitaciones de la Gracia, a repetir en cada espíritu con más o menos fuerza y con carácter más o menos definitivo, la experiencia del Íñigo iniciada en el cuarto alto de la Casa-torre de Loyola, en esa capilla llamada “de la conversión”.

Debiéramos visitarla con temblor, porque lo que allí pasó fue el inicio de una aventura cuyos efectos llegan hasta nuestros días. Ignacio de Loyola es el más universal de los vascos. Su impulso sigue vivo y aleteando en muchas cosas. No es sólo un nombre sonoro y grande evocado con satisfacción, sino símbolo y realidad de un aliento que palpita y sigue siendo fecundo. Si no fuese por él ¡quién se acordaría hoy en el mundo de los Loyola!

San Ignacio De Loyola



"VIRGEN CON SAN IGNACIO DE LOYOLA, SAN FRANCISCO JAVIER DE BORJA Y SAN LUIS GONZAGA"

Autor: José de Páez. Año: 1772. Técnica: Óleo sobre tela
Lugar: Zacatecas. México.

Cronología

Cronología

1491

Íñigo López de Loyola nace, probablemente antes del 24 de Octubre en Azpeitia (Guipúzcoa).

1506

Va a Arévalo como paje de Juan Velázquez de Cuéllar, contador mayor del Rey Fernando el Católico. Debió de visitar Valladolid, Dueñas, Torquemada, Tordesillas, Medina del Campo, Madrigal de las Altas Torres, Segovia y Ávila.

1515

Febrero 20. En Azpeitia comete un delito considerado como grave en el proceso que incoa contra él el curregidor. de Guipúzcoa, Hernández de la Gama.

1517

Agosto 12. Muere Juan Velázquez de Cuellar. Hasta este momento Íñigo permanece habitualmente en Arévalo. Fin de Año. Comienza a servir como Gentilhombre a Antonio Manrique, Virrey de Navarra.

1518

Febrero. Cortes de Castilla y León en Valladolid. Probablemente asiste Íñigo.

1520

Septiembre 18. Participa en la toma de Nájera. No quiso tocar el botín de guerra.

1521

Enero-abril. Le envía el Virrey Manrique a Guipúzcoa con misión de entablar relaciones de paz entre las facciones disidentes, que requieren el laudo arbitral del Virrey. Se firma la concordia el 12 de abril.

Mayo 17-18. Corre a Pamplona con tropas auxiliares de Guipúzcoa. Entra en la ciudadela.

Mayo 19. Impide la rendición de la fortaleza. Asiste a una entrevista con los jefes franceses y rechaza la capitulación ofrecida.

Mayo 20. En la defensa del Castillo es herido en la pierna derecha. Recibe las primeras curas de los franceses.

Junio entre el 2 y el 5. Es llevado a Loyola.

Junio, entre el 16 y el 20. Después de un breve descanso en la casa Echeandía, entra en Loyola

Junio 24. Recibe los últimos sacramentos.

Junio 28, medianoche. Comienza a sentirse mejor por intercesión especial de San Pedro.

Agosto-septiembre. Pide libros de caballería; le entregan libros piadosos.

Conversión: visión de la Virgen Santísima.

Octubre-diciembre. Concentración espiritual de lectura, transcripción y oración del *Vita Christi*, de Ludolfo de Sajonia, y de *Flos Sanctorum*.

1522

Fin de febrero. Viaje a Montserrat. En el camino hace voto de castidad.

Marzo 21 (?). Llega Montserrat.

Marzo 22-24. Confesión general.

Marzo 24-23. Cambio de vestidos y vela de armas ante la imagen de la Virgen.

Marzo 25, al amanecer. Baja a Manresa.

Abril-julio. Vida de oración y penitencia en Manresa.

Agosto-septiembre (?). Eximia Ilustración junto al Cardoner. Transformación interna, Comienza a escribir los Ejercicios.

1523

- Febrero 27.18 (?). Llega a Barcelona, camino de Jerusalén.
Marzo 29. Entra en Roma.
Abril, hacia el 13-14. Sale de Roma camino de Venecia.
Mayo, a mediados. Llega a Venecia.
Septiembre 4. Entra en Jerusalén.
Septiembre 5. Visita los Santos Lugares.
Septiembre 6. Al amanecer comulga en el Santo Sepulcro.
Septiembre 7. Visita a Betania y el Monte de los Olivos.
Septiembre 8-9. Visita a Belén.
Septiembre 10-13. Vuelve a Jerusalén.
Septiembre 14-15. Visita el Jordán y el Monte de las Tentaciones.
Septiembre 16-22. Vuelta a Jerusalén. Visita el Monte de los Olivos.
Octubre 3. Zarpa del puerto de Jaffa.
Octubre 14-28. Llega a la isla de Chipre.
Noviembre, a principios. Zarpa rumbo a Venecia.

1524

- Enero a mediados. Llega a Venecia.
Febrero, a comienzos. Deja Venecia. Pasando por Génova, llega por mar a Barcelona. Visita rápida a Manresa.

1525

- Todo el año. En Barcelona, estudia gramática en el estudio general y trabaja en ayudar a las almas. Se le une Calixto de Sa.

1526

- Marzo, al final (?). Deja Barcelona. Va a Alcalá a estudiar Artes.

Noviembre 21. Sentencia en contra de Ignacio, no dada por la inquisición, sino por el Vicario de Alcalá, Juan Rodríguez de Figueroa.

Diciembre, hacia el 10. Se manda a Ignacio, y a sus tres compañeros, a cambiar el vestido y, poco después, a usar zapatos.

1527

Marzo 6. Segundo proceso.

Abril 18 o 19. Es encerrado en la cárcel.

Mayo 2 al 21. Tercer proceso.

Junio 1. Sentencia de Figueroa contra Ignacio. Sale el Santo de la cárcel

Julio, a principios (?). Coloquio en Valladolid con el Arzobispo de Toledo, Fonseca, y llegada a Salamanca.

Julio, a fines (?). Coloquio con los PP. Dominicos en San Esteban. Después de tres días entra en la cárcel.

Septiembre a mediados. Sale de Salamanca. Por Barcelona se dirige solo a París. Le abandonan sus compañeros.

1528

Febrero 2. Entra en París. Se hospeda en el Hospital. Estudia latín en el Colegio de Monteagudo.

Abril, después del 12. Por falta de dinero se traslada al Hospital de Santiago.

1529

Cuaresma. Primer viaje a Flandes. Entrevista con Luis Vives.

Mayo-junio. Da los Ejercicios a Peralta, Castro y Amador.

Septiembre. Se traslada, en París, al Colegio de Santa Bárbara.

Octubre 1. Comienza a estudiar Artes. Trata con Fabro y Javier.

1530

Continúa sus estudios en París.

Agosto-septiembre. Segundo viaje a Flandes.

1531

Continúa sus estudios en París, en el Colegio de Santa Bárbara.

Agosto-septiembre. Tercer viaje a Flandes. Esta vez llega hasta Londres.

1532

Enero. Consigue el grado de Bachiller en Artes.

Octubre. Comienza a intimar con Simón Rodrigues.

1533

Marzo 13. Exámenes de Licencia en Artes.

1534

Al principio. Da el mes de Ejercicios al Beato Fabro.

Abril, después del 5. Obtiene el grado de Maestro en Artes.

Primavera. Da el mes de Ejercicios a Laínez y Salmerón. Poco después a Rodrigues y Bobadilla.

Agosto 15. Votos en Montmartre.

Septiembre. Da el mes de Ejercicios a San Francisco Javier.

1535

Marzo 14. Recibe el diploma de Maestro en Artes bajo el rectorado de F. Jacquart.

Marzo, a fines. Se defiende de la acusación de herejía ante el inquisidor Valentín Liévin.

Abril, a principios. Sale de París camino a Azpeitia.

Abril a fines (?). Llega a Azpeitia. Vive en el Hospital La Magdalena.

Mayo-Julio. En Azpeitia, explica el Catecismo, predica, da Ejercicios y establece provisiones a favor de los pobres. Visita Loyola.

Agosto-septiembre. Viaja por Obanos, Almazán, Sigüenza, Madrid (donde ve a Felipe II, niño de ocho años), Toledo y Valencia.

Octubre-noviembre. Visita la cartuja de Vall de Cristo, cerca de Segorbe. Zarpa de Valencia rumbo a Génova. De Génova va a pie hasta Bolonia.

Diciembre 11-18 (?). Enferma en Bolonia, en el Colegio de San Clemente.

1536

Permanece en Venecia, estudiando teología y dando Ejercicios. En diciembre tiene una entrevista con Juan Pedro Caraffa.

1537

Enero 8. Llegan los compañeros de París. Comienza a asistir en los hospitales.

Abril. Los compañeros en Roma, obtienen permiso de ir a Tierra Santa. Comienza a correr el año de espera: mayo 1537-mayo 1538.

Junio. Se ordena, junto con varios de sus compañeros: el día 10, de menor; el 15, de subdiácono; el 24, de presbítero.

Julio 25. No pudiendo pasar a Palestina, Ignacio se dirige a Vicenza con Fabro y Laínez.

Agosto, final (?). Acude a Bassano para atender a Simón Rodrigues, enfermo.

Septiembre. Primeras misas de casi todos los compañeros en Vicenza; delibera con ellos sobre ministerios y acerca del nombre "Compañía de Jesús".

Octubre. En Venecia recibe la declaración de inocencia del Vicario General. A fin de mes se dirige a Roma con Fabro y Laínez.

Noviembre, a mediados. Visión en La Storta. Entra en Roma.

Diciembre. Habita en la villa de Quirino Garzoni cerca de Trinità dei Monti.

1538

Hasta Cuaresma. En Roma dando Ejercicios, predicando, ejercitando la caridad.

Mayo. Pasado el año de espera para Palestina, los compañeros vienen a Roma y habitan cerca de Ponte Sixto.

Julio-Agosto. Grave persecución en Roma.

Agosto, a fines. Va a Frascati, residencia estival de Paulo III, para obtener sentencia en su causa.

Noviembre 18. Sentencia absolutoria. Entre el 18 y el 23 se ofrecen al Papa en fuerza de voto de Montmartre.

Diciembre 25, a medianoche. Celebra la primera misa en el altar del Nacimiento del Señor, en Santa María la Mayor.

1539

Marzo a mediados-junio. Deliberaciones sobre la formación de una orden religiosa.

Mayo 4.- Primeras determinaciones de la Compañía.

Julio-Agosto. Salen los primeros compañeros en varias direcciones. Se prepara la fórmula del Instituto.

Septiembre 3. Paulo III aprueba la fórmula del Instituto que le leyó en Tivoli el Cardenal Contarini, y manda que se expida el breve correspondiente.

Septiembre 28. El Cardenal Ghinucci propone diversas correcciones.

Diciembre. Se propone el examen de la bula al Cardenal Guidiccioni, que se declara contrario.

1540

Febrero, a principios. Parte Simón Rodrigues camino de la India.

Marzo 16. Sale Francisco Javier para la India.

Septiembre 27. Confirmación de la Compañía de Jesús por medio de la bula *Regimini militantes Ecclesiae*, con limitación del número de profesos a 60.

1541

Febrero a principios. Pasan a la casa cerca de Santa María de la Entrada.

Marzo 4. Reunión de los primeros compañeros para hacer las Constituciones conforme a la bula.

Marzo 10. Ignacio y Coduri comienzan a redactar las Constituciones de 1541. Se aprueban y suscriben.

Abril 8. Elección por unanimidad de Ignacio para general. Renuncia de Ignacio.

Abril 13. Nueva elección de Ignacio, quien va a San Pedro in Montorio, donde permanece durante tres días.

Abril 19. Aceptación de cargo.

Abril 22. Primera profesión solemne en la capilla de la Santísima Virgen en la Basílica de San Pablo. Lágrimas de San Ignacio.

Junio 24. Bula por la que Paulo III concede la iglesia de Santa María la Estrada a Codacio y por su medio a la Compañía.

Más incierto. Primeras Constituciones de los colegios.

1542

Marzo 18. Ignacio se esfuerza por arreglar el desacuerdo existente entre Paulo III y Juan III, Rey de Portugal.

Marzo 21. Obtienen un breve a favor de los judíos convertidos.

1543

Febrero 16. Bula de erección de la Compañía a favor de las arrepentidas.

Febrero 19. Bula por la que se erige un colegio para catecúmenos convertidos del judaísmo.

Fin de año. Comienza a construirse, en la antigua área de la Iglesia de San Andrés, la primera Casa Profesa, de la que quedan todavía algunos cuartos.

1544

San Ignacio, enfermo durante cuatro meses. Constituye secretario para la correspondencia al P. Jerónimo Doménech.

Enero. Se abre la Casa de Santa Marta para mujeres arrepentidas y comienza a componer las Constituciones, empezando por la parte de la pobreza.

Febrero 2 - Marzo 13. Escribe la parte del *Diario Espiritual* que trata de la pobreza de las Casas Profesas.

Febrero 15. Breve a favor de la Confraternidad de Catecúmenos.

Marzo 14. Bula *Iniunctum nobis*, en que se vuelve a confirmar la Compañía. Se elimina la limitación anterior de 60 profesos.

Marzo 15. Ignacio comienza a escribir las Constituciones sobre las misiones.

Septiembre. Traslado a las Camarete de la Casa Profesa.

1545

Febrero 27. Concluye la parte del *Diario Espiritual* que se ha conservado. Casi continuas visiones e ilustraciones durante el año en que estuvo escribiéndola, sin duda semejantes fenómenos se repitieron en otras épocas de su vida.

Junio 3. Breve pontificio concediendo gracias y facultades para la Compañía.

Septiembre. Va a Montefiascone a tratar con Paulo III sobre introducir la Inquisición en Portugal y la fundación del Colegio de Padua.

Noviembre. Bartolomé Ferrao, nuevo secretario. Se añaden nuevas casas y huertas a la Casa Profesa.

1546

Abril. Instituye una obra pía a favor de las jóvenes en peligro.

Junio 5. Breve por el que se acepta la admisión en la Compañía de coadjutores espirituales y temporales.

Agosto 1. Fallece en Roma el beato Pedro Fabro.

Agosto 11. Sentencia a favor de Ignacio contra calumnias de Matías delle Poste.

A mediados del año. Determina los impedimentos para entrar en la Compañía y los incluye en el Examen.

Octubre 1. Constitución apostólica por la que se prohíbe la rama femenina de la Compañía de Jesús.

Octubre 9. Admite en la Compañía a Francisco de Borja.

Octubre 25. Se constituye la primera provincia de la Orden, la portuguesa; es nombrado provincial el P. Simón Rodrigues.

Octubre, final. Promete a Julio III que él, personalmente, tomará la misión de Etiopía, si no hubiera otro que en la Compañía pudiera encargarse de ella.

Últimos meses. Compone Constituciones de estudiantes. Impide el que Jayo sea nombrado obispo.

1547

Desde este año dedica mucho tiempo a escribir las *Constituciones*.

Mayo. Escribe la célebre carta llamada “de la perfección”.

Mayo 20. Obtiene, de Paulo III, la orden de que ninguna mujer pueda vivir en comunidad bajo la obediencia de la Compañía.

Junio 11. Comunicación de bienes espirituales de la Cartuja.

Septiembre 1. Araoz, es nombrado primer provincial de España.

Noviembre 4. Bula de erección de la Universidad de Gandía.

Noviembre 20. Constituye los primeros coadjutores espirituales en la India.

1548

Enero, final. Algunas propuestas sobre el oficio de examinar a los ordenados en Roma.

Mayo 5. Ignacio, enfermo hasta este día, sale de casa para visitar a los Cardenales Álvarez de Toledo y Mendoza Bibadilla.

Junio 6. Se concluye la construcción de la nueva Casa Profesa. Tiene 40 cuartos.

Julio 14. A pesar de no encontrarse bien, Ignacio sigue escribiendo las Constituciones.

Julio 31. Aprobación y recomendación de los Ejercicios, por parte de Paulo III.

Octubre 8. Vuelve a Roma de su viaje a Tívoli, donde había permanecido algunos días para arreglar desavenencias entre esta ciudad y Castell Madama.

Al fin del año. Escribe las Declaraciones al Examen, el documento sobre la abdicación de los bienes y los Estatutos para el Colegio de Bolonia.

1549

Enero. Ignacio sigue enfermo. Interrumpe la correspondencia epistolar.

Febrero 16. Comienza a preparar la misión de los PP. Jayo, Salmerón y San Pedro Canisio a Alemania.

Marzo 25. Audiencia con Paulo III en el Quirinal.

Junio 27. Indica las primeras ideas de formar el Colegio Romano y edificar una nueva iglesia para la Compañía.

Septiembre. Asiste en Tivoli a la solemne inauguración del Colegio de la Compañía.

Octubre 10. Constituye la Provincia Índica, con San Francisco Javier como provisional.

1550

Enero 25. A causa de la difícil situación económica se ven precisados todos a mendigar.

Julio 21. Bula del nuevo Pontífice Julio III confirmando, de modo más amplio, la Compañía y declarando algunos puntos.

Octubre 23. El Duque de Gandía, que había venido en un séquito de 20-25 personas a ganar el jubileo, se hospeda en una parte separada de la Casa profesa. Coloquios de San Ignacio con el Duque.

Al fin del año. Enferma gravemente Ignacio.

Durante el año. Compone adiciones al *Examen* y el cuidado que ha de tener la Compañía del Preósito General.

1551

Al principio del año. Reunión de los principales padres que examinan las *Constituciones* ya preparadas y hacen diversas observaciones.

Enero 1-14. Sigue Ignacio enfermo.

Enero 30. Renuncia al generalato y se esfuerza por persuadir a sus compañeros de que admitan la abdicación, estos, exceptuando el P. Oviedo, no lo admiten.

Febrero 4. Sale Borja para España.

Febrero 22. Se inaugura el Colegio Romano.

Mayo 1. Gran penuria económica, por haberse extendido el rumor de que Borja había dejado mucho dinero.

Agosto 1 . Primeros tanteos para la fundación del Colegio Germánico.

Diciembre 1. Se promueven colegios por todas partes.

Diciembre 5. Crea la provincia de Italia , constituyendo primer provincial a P. Broot.

Diciembre 19. Piensa encargar la promulgación de las Constituciones a P. Nadal, a quien llama a Roma.

Durante el año. Compone las primera reglas del Colegio Romano.

1552

111

Enero 1. Se crea la provincia de Aragón. Nombra provincial al P. Simón Rodrigues.

Mayo, al final. Impide, después de mucho luchar, que Borja sea nombrado Cardenal.

Agosto 31. Bula de la fundación del Colegio Germánico.

Octubre 22. Bula de Julio III por la que, entre otros privilegios, le concede otorgar grados académicos.

Octubre 28. El primer acto solemne del Colegio Romano. Comienzan a enseñarse Artes o Filosofía.

Noviembre 2-12. Va, junto con Polanco, a Alvito (prov. De Frosinone) a restablecer la concordia entre Juana de Aragón y su marido Ascanio Colonna.

Durante el año. Compone las *Constituciones* “De solucionar la inopia de los colegios” y “De la mesa del propósito”.

1553

Marzo 26. Carta celeberrima sobre la obediencia.

Abril 10. Nombra al P. Nadal Comisario de España y Portugal y le confiere la promulgación de las *Constituciones*.

Abril 15. Polanco pide, en sus oraciones, por San Ignacio, que se encuentra muy enfermo.

Junio 7. Desde hace dos meses está Ignacio tan enfermo, que se le considera cercano a la muerte.

Junio 28. Llama a Javier a Portugal y a Roma.

Julio 9. Instituye la provincia del Brasil. Nombra provincial al P. Manuel de Nóbrega.

Julio 25. A ruegos de San Pedro Canisio ordena misas y oraciones por Inglaterra, Alemania y países septentrionales de Europa.

A fines de Agosto. Comienza a dictar al P. Goncalves da Cámara la *Autobiografía*.

Octubre 3. Compra nuevas casas junto al solar de la Casa Profesa para edificar la iglesia.

Octubre 21. En cama por mala salud.

Noviembre 6. Después de solemnísimos actos académicos, se inauguran en el Colegio Romano los cursos completos de Filosofía y Teología.

1554

Enero 1. Promueve, de nuevo, de modo ardiente la misión de Etiopía.

Enero 7. Forma tres provincias en España: Castilla, Aragón, Bética.

Enero 17. Desea tener en Roma, durante algún tiempo, a Bernardo, que es el primer japonés venido a Roma.

Febrero 1. Quiere completar las *Constituciones* que, de hecho, va perfeccionando durante el resto de su vida.

Febrero 2. Desea fundar un colegio en Perú.

Marzo 8. Se promulga solemnísimamente, en Santa María Supra Minervam, en presencia de 24 cardenales, la bula *Pastoralis Officii*, por la que se funda la Archicofraternidad del Santo Sepulcro y se concede la fundación de colegios de la Compañía en Jerusalén, Constantinopla y Chipre.

Abril. Enferma Ignacio.

Mayo 1. Se alegra de que Canisio escriba un catecismo. Espera que Alemania vuelva a la Iglesia Católica, como sucedía entonces con Inglaterra. Se alegra de que pidan colegios en Transilvania y Polonia.

Mayo 13. Comienzan a admitirse ingleses en el Colegio Romano.

Junio 14. Enferma gravemente. La enfermedad se alarga durante tres meses, en los que apenas puede atender sus asuntos.

Agosto 4. Alaba el propósito del Rey de Romanos de fundar un colegio húngaro en Roma.

Octubre 1. Gravísimas angustias económicas.

Octubre 6. Comienzan los trabajos de la construcción de la nueva iglesia. Los trabajos continúan sólo hasta 1555.

Octubre 26. Admite en la Compañía, de modo excepcional y con obligación de guardar con rigurosísimo secreto, a doña Juana de Austria, hija de Carlos V.

Noviembre 1. Confirma la elección, para vicario general, del P. Nadal, realizada por la orden de los jesuitas sacerdotes, residentes en Roma.

Noviembre 11-17. Enfermo, permanece en cama.

Diciembre 30. Desea que en cada provincia española haya un noviciado propio.

Al fin del año. Se adquiere una finca en el monte Aventino, cerca de las termas de Caracalla, para descanso de los estudiantes.

1555

Enero 2. Ignacio goza de óptima salud.

Enero 15. Ignacio vuelve a sentirse mal.

Enero 26. El P. Goncalves da Cámara comienza a redactar su Memorial. En Roma hay unos 150 jesuitas.

Febrero 6. En el consistorio determina Julio III fundar el Colegio Romano, pero a causa de la muerte del Pontífice se desvanece el proyecto.

Febrero 18. Nadal es nombrado comisario general en Italia, Austria y otras regiones de Europa Central.

Marzo 9. Ignacio continúa la narración interrumpida de su vida al padre Goncalves da Cámara.

Junio-Julio. Ignacio goza de buena salud.

Agosto, al principio. Se constituye la provincia de Francia.

Septiembre 1. Ignacio goza de óptima salud. A causa de la escasez de alimentos, más de cien jesuitas van fuera de Roma.

Septiembre 22. Vuelve otra vez Ignacio a narrar su vida al P. Goncalves da Cámara.

Octubre 3. Laínez, comisario general para Italia.

Octubre 18. Cámara escribe la última noticia de su *Memorial*.

Octubre 22. La víspera de la partida del el P. Goncalves da Cámara para Portugal, finaliza San Ignacio de contarle su vida.

Octubre 23-31. Crea asistentes generales a los PP. Madrid, Laínez y Polanco.

Noviembre 13. Confirma a Borja comisario general para España, Portugal e India.

Noviembre-diciembre. Bastante buena salud de Ignacio hasta el 21 de diciembre, cuando vuelve a sentirse mal.

1556

Enero 11. Ignacio, durante lo que resta del mes, se siente mal, con casi continuos dolores de estómago y fiebre.

Febrero 8. Desde hace varios meses no puede celebrar. Comulga cada ocho días.

Febrero 12. Grandes mejoras en la iglesia de la Compañía.

Febrero 25. Desde este día hasta su muerte, insiste en poner en funcionamiento una imprenta en el Colegio Romano. Urge que envíen los tipos desde Venecia.

Junio 7. Erige la provincia de Germania Superior. Nombra provincial a San Pedro Canisio. Unos días antes había constituido la de Germania Inferior, con el provincial P. Bernardo Oliverio.

Junio 11-26. Ignacio continúa enfermo.

Julio 2. A causa de la enfermedad se traslada a la villa del Colegio Romano, a los pies del Aventino. Al principio se siente mejor. Encarga al gobierno a los PP. Polanco y Madrid.

Julio 28. Se agrava. Vuelve de la villa a la Casa Profesa.

Julio 29. Ruega a P. Polanco que el doctor Torres se encargue de su salud, como hace con los demás enfermos.

Julio 30. (Jueves), en la tarde. Llama al P. Polanco y le encarga que pida al Papa la bendición para él, que se siente próximo a la muerte. Polanco no creyéndole tan grave después de oír el parecer del médico, deja el encargo para el día siguiente. A la noche el P. Ignacio cena delante de los PP. Polanco Y Madrid. No sospechan estos tan rápido desenlace.

Julio 31 (Viernes). al amanecer. Ven a Ignacio agonizante. Polanco va a pedir la bendición al Papa. Muere Ignacio alrededor de las cinco y media en presencia de los PP. Madrid y Frusio. En la tarde, el insigne quirurgo Realdo Colombo hace la autopsia del cadáver. Se saca una mascarilla del rostro.

Agosto 1. En la tarde se entierra su cadáver en la capilla mayor de la Iglesia de la Compañía, en la parte del evangelio.

1595

Se instituyen los procesos ordinarios para la beatificación.

1609

Diciembre 3. Es beatificado por Pablo V.

1622

Marzo 12. Es canonizado por Gregorio XV.

Índice general de fotografías



“ÁLEGORÍA DE LA INSTITUCIÓN DE LA EUCARISTIA”
Autor: Juan del Castillo. Año: 1612. Técnica: Óleo sobre lienzo
Lugar: Decanato de la Facultad de Derecho, Universidad. Sevilla, España.

Fue de estatura mediana o, por mejor decir, algo pequeño y bajo de cuerpo, habiendo sido sus hermanos altos y bien dispuestos; tenía el rostro autorizado; la frente ancha y desarrugada; los ojos hundidos; encogidos los párpados y arrugados por las muchas lágrimas que continuamente derramaba; las orejas medianas; la nariz alta y combada, el color vivo y templado y con la calva de muy venerable aspecto. El semblante del rostro era alegremente grave y gravemente alegre; de manera que con serenidad alegraba a los que le miraban y con su gravedad los componía

Pedro de Ribadeneira

El tema de la Iconografía Ignaciana ha tenido un gran desarrollo con motivo del V Centenario del nacimiento de San Ignacio. A pesar de haberse publicado numerosos catálogos sobre las diversas exposiciones realizadas, aún quedan muchas interrogantes en torno a su rostro. Dos “escuelas” se pueden señalar en la fijación del mismo; la ‘italiana’, basada en la máscara funeraria de San Ignacio y en la obra de J. del Conte; y la “española” que partiendo de una copia de la máscara funeraria y las orientaciones del Padre Ribadeneira, tuvo su origen en la obra de Alonso Sánchez Coello. Ambas tienen seguidores y detractores. Tres imágenes vienen a completar esta disputa. El *retrato* del Museo de Sondrio, anónimo y fechado en 1543; un segundo *retrato*, también anónimo y que se encuentra hoy en el Colegio de los Jesuitas de Lovaina y la tercera imagen, otro *retrato* anónimo que estuvo en el oratorio del Padre General Laínez. Con estas imágenes se va a configurar la fisonomía de San Ignacio, según la zona de influencia se utilizará una u otra. A pesar de ello,

y debido a la gran expansión de la Compañía por todo el mundo, surgen rostros muy diversos y sin ningún parecido con el de las dos escuelas mencionadas, especialmente en América. Como prueba de ello colocamos en esta obra las escasas imágenes encontradas en Venezuela.

Las imágenes del Santo presentan una iconografía variada y rica; en unos pocos casos, encontramos a un Ignacio joven y vestido de militar, en otras, vestido de ropas humildes, se representa como peregrino; lo más frecuente es verlo representado con sotana, manteo y con faja negra en la cintura. Posteriormente se le muestra con los ornamentos de culto: casulla, alba y manípulo. En todas estas formas señaladas porta diversos atributos como pueden ser el anagrama de Cristo —JHS— (el cual a su vez se complementa algunas veces con una cruz y tres clavos) y con menos frecuencia el anagrama AMDG; un libro que puede estar referido a las *Constituciones* o a los *Ejercicios*, el cual es sustituido a veces por la maqueta de una iglesia como fundador, con menos frecuencia, bordón pastoral, corazón en llamas, lobos, lábaro o estandarte y, por último, con un ostensorio o custodia.

Las escenas ignacianas dentro de su variedad, mantienen una gran unidad temática, debido a las tres series de grabados realizadas a principios del siglo XVII —1609, 1610 y 1622—. Todas estas escenas siguen la vida de San Ignacio narrada por Rivadeneira. A ellas habrá que sumar otras escenas simbólicas y alegóricas muy variadas, surgidas en épocas posteriores, tales como *María Reina de la Compañía*, *la Alegoría de la Compañía*, *la Apoteosis de San Ignacio*, *las Dos Banderas*, etc.

Emilio Piris Pérez

Portadilla

SAN IGNACIO DE LOYOLA Obra moderna realizada basándose en la máscara funeraria	13
--	----

Capítulo I

1. SAN IGNACIO DE LOYOLA Autor: Jacopino del Conte. Año: 1556.....	15
2. SAN IGNACIO DE LOYOLA Autor: R. Escribano (copia de Sánchez Coello) Siglo: XVII	16
3. ESCUDO DE ARMAS DE LA FAMILIA LOYOLA Fotografía: Emilio Piris Pérez.	18
4. SAN IGNACIO DE LOYOLA Siglo: XVI. Pintura posiblemente realizada basándose en dibujos realizados en 1543.....	21
5. SAN IGNACIO DE LOYOLA Copia de la obra de Sanches Coello. Siglo: XVII.....	23
6. SAN IGNACIO DE LOYOLA Autor: Anónimo. Siglo: XVII.....	24
7. SAN IGNACIO DE LOYOLA Autor: Anónimo. Siglo: XVII.....	27
8. SAN IGNACIO DE LOYOLA Autor: Anónimo. Siglo: XVII.....	28
9. SAN IGNACIO DE LOYOLA HERIDO EN LA BATALLA DE PAMPLONA (D). Año: 1750	31
10. APARICIÓN DE SAN PEDRO A SAN IGNACIO DE LOYOLA CONVALECIENTE. Autor: Taller de Sebastiano Conca. Siglo: XVII	32

11. EL TRANCE DE SAN IGNACIO DE LOYOLA EN MANRESA.....	35
---	----

Portadilla

SAN IGNACIO DE LOYOLA Autor: Anónimo. Siglo: XVII.....	37
---	----

Capítulo II

1. LOS MILAGROS DE SAN IGNACIO DE LOYOLA Autor: Pedro Pablo Rubens. Año: 1619	39
2. SAN IGNACIO DE LOYOLA EN LA CÁRCEL Autor: Taller de Sebastiano Conca. Siglo: XVII.	40
3. SAN IGNACIO DE LOYOLA ESCRIBIENDO LOS <i>EJERCICIOS</i> <i>ESPIRITUALES</i> EN LA CUEVA DE MANRESA Autor: Sebastiano Conca.....	43
4. SAN IGNACIO DE LOYOLA ESCRIBIENDO LAS <i>CONSTITUCIONES</i> . Autor: Nicolás Cabrera. Siglo: XVIII.....	44
5. TRANCE MÍSTICO DE SAN IGNACIO DE LOYOLA Autor: Taller de Sebastiano Conca. Siglo: XVIII.....	47
6. SAN IGNACIO DE LOYOLA PREDICANDO EN AZPEITIA Autor: Taller de Sebastiano Conca. Siglo: XVIII.....	48
7. APARICIÓN DE LA STORTA Autor: Sebastiano Conca. Siglo: XVIII	51
8. MUERTE DE SAN IGNACIO DE LOYOLA Autor: Taller de Sebastiano Conca. Técnica: Óleo sobre Lienzo. Siglo: XVIII.....	52
9. VISIÓN DE LA STORTA Autor: Alonso Vásquez. Año: 1595	55

10. SAN IGNACIO DE LOYOLA CONTEMPLANDO EL ANAGRAMA DE LA COMPAÑIA (D) Autor: Juan Valdés Leal.
Año: 1676 56

Portadilla

- ANAGRAMA DE LA COMPAÑIA DE JESÚS
Autor: Anónimo. Siglo: XVII..... 65

Capítulo III

1. SAN IGNACIO DELANTE DE PABLO III, QUIEN APRUEBA LA COMPAÑIA DE JESÚS. Siglo: XVII..... 67
2. EL TRIUNFO DE SAN IGNACIO
Autor: Claude Vignon..... 68
3. INSTAURACIÓN DE LA COMPAÑIA DE JESÚS
Autor: Juan Patricio Morlete Ruíz. Siglo: XVIII 71
4. GLORIA DE LA COMPAÑIA DE JESÚS
Siglo: XVIII..... 72
5. ALEGORÍA DE LA COMPAÑIA DE JESÚS COMO MADRE DE LAS CIENCIAS. (DEALLES). Autor: J. Ruíz Soriano..... 75
6. GLORIFICACIÓN DE SAN IGNACIO
Autor: Andrea del Pozzo. Siglo: XVII. 76
7. PATRIMONIO DE LA VIRGEN DE LA COMPAÑIA DE JESÚS.
Siglo: XVIII..... 79
8. APOTEOSIS DE SAN IGNACIO DE LOYOLA
Autor: Domingo Martínez. Año: 1743..... 80
9. GUIRNALDAS DE FLORES RODEANDO A MARÍA CON EL NIÑO JESÚS Y SAN IGNACIO
Autor: Daniel Seghers y Erasmus Quelinus II.
Siglo: XVIII..... 89

Portadilla

VIRGEN CON SAN IGNACIO DE LOYOLA, SAN FRANCISCO
JAVIER DE BORJA Y SAN LUIS GONZAGA
Autor: José de Páez. Año: 177295

Portadilla

ALEGORÍA DE LA INSTITUCIÓN DE LA EUCARISTIA
Autor: Juan del Castillo. Año: 1612.....115

Este ejemplar se terminó de
imprimir en Caracas en
noviembre del año 2009
en los talleres de
Impresos Miniprés, C.A.

San Ignacio de Loyola

LA AVENTURA DE UN CRISTIANO

Prefacio: Silvana Campagnaro

Presentación: Arturo Sosa s.j.

I

San Ignacio de Loyola
El menor de muchos hermanos
Casa-torre en un verde valle
Hacia la ancha Castilla
Al servicio de un Duque
Un herido en Pamplona
Cuando visitan el dolor y la muerte cercana
Un "hombre nuevo"
La ruptura con todo
De Aránzazu a Montserrat

II

El peregrino enseñado por Dios
La tierra de Jesús: a Jerusalén, ida y vuelta
Un estudiante viejo
A París
La cosa empezó en un cuarto de colegio
Los "aires de la tierra": paso por Azpeitia
Cita en Venecia
Un deseo frustrado. Se abre otro camino
En Roma
Un guía convertido en cabeza

III

La naciente Compañía
Tres deseos. Tres gracias
La tercera gracia: *las Constituciones*
La vida vista desde la cima
Una prueba inesperada
Quieto en una pequeña celda
Los afanes de los últimos años
Abre la caja de los recuerdos
El declinar de una vida
Palabra y acción
Hombre de voluntad
La estela

